

La Ilustración Artística

AÑO XV

BARCELONA 17 DE AGOSTO DE 1896

Núm. 764

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ALEGORÍA DEL SEGUNDO SITIO DE GERONA. 1808. - Dibujo de Enrique Estevan

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. Marinas*, por Emilia Pardo Bazán. — *Tepeig-porá (Baile de los lindos sueños)*, por F. de Oliveira Cézar. — *Gerona*, por A. García Llansó. — *El último dinar*, por Enrique Corrales y Sánchez. — *Nuestros grabados. — Miscelánea. — Problema de ajedrez. — Un apóstol*, novela. — *Expedición anglo-egipcia sobre Dongola*, por X. — Libros. **Grabados.** — *Alegoría del segundo sitio de Gerona*, 1808, dibujo de Enrique Estevan. — *El arco de la Estrella. — Ensueños*, escultura de Alfredo Boucher. — *Predicar en desierto*, cuadro de Joaquín Agrasot. — *Deberes humanos*, cuadro de Juan Vila. — *El general D. Rafael Cerero. — Después de la batalla*, relieve de M. Lederer. — *Monumento erigido á la memoria del emperador Guillermo I. — Socorro, socorro!*, cuadro de J. Garate y Clavero. — *El duque Felipe de Orleans. — La archiduquesa María Dorotea de Austria. — Eugenio Spuller. — El ejército anglo-egipcio. — El Dr. Leandro N. Alem.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

MARINAS

Desde que la Virgen del Carmen echa la bendición al mar — según la poética y bonita creencia de estas costas, — es lícito y es higiénico buscar en el «seno de Anfitrite» la curación de todos los males y el método más saludable de cuantos puede seguir la pobre humanidad, tan deseosa de echar remiendos á la negra tela de la vida.

Las aguas del mar, donde la ciencia supone que tuvieron su origen los organismos, donde todavía bullen miríadas de seres en constante actividad de producción, donde el microscopio revela, en una gota, un hervidero de animalillos y de plantas de asombrosa fecundidad; las aguas del mar, saturadas de yoduro, de fósforo y del salubre cloruro de sodio, penetradas de electricidad, calórico y magnetismo, vivientes y ardorosas, frescas á la vez, más que las aguas potables, y puras y limpias á despecho de todas las inmundicias que á ellas confluyen y que se pierden, disuelven y aniquilan en sus profundidades, como un mosquito en un horno encendido; las aguas del mar, amplio é inagotable depósito de salud y fuerza, reciben ahora, con desdeñosa tolerancia, la visita de muchos cuerpos raquíticos y endebles, y les envuelven, compadecidas, en un girón de su manto verde orlado de puntillas y randas de espuma...

Al ver el gentío que hormiguea en las playas, cuesta trabajo creer que hace cosa de un siglo el tomar baños de mar era considerado remedio atrevido y peligroso. Sin duda que los griegos, en su arraigada devoción á la hidroterapia, tenían por hábito y por rito religioso chapuzarse en el mar; pero la civilización occidental trajo mil preocupaciones contra la costumbre oriental de los baños, y hasta nuestra época no se ha estimado el mar como restaurador soberano y eficaz remedio para las debilidades de la niñez y de la juventud. La nota característica del mar, lo que le diferencia completamente de la hidroterapia terrestre ó de agua dulce, es que su acción es más poderosa cuanto más joven es el individuo que la ensaya. Raro parece ver en el balneario termal al niño y al tierno mancebo: raro y casi risible encontrar en el balneario marítimo al anciano, al valetudinario, al moribundo. Aquella máxima famosa que dice: «de cuarenta para arriba...» sólo es aplicable á la mojadura de agua salada. Diríase que el mar se acuerda de haber sido la cuna y el criadero de la vida orgánica, y por eso estimula la fuerza de la juventud, la savia que asciende en el cuerpo todavía no acabado de constituir. El mar pertenece á los niños; los sanatorios marítimos son hospitales de la infancia. Criaturas entecas y misérrimas, empobrecidas por la residencia en las grandes ciudades, por la mala alimentación, por la reclusión en viviendas sin aire y sin espacio, recobran á los pocos días de permanencia al borde del mar el apetito, la viveza, los cachetes colorados y la bulliosa inquietud. Porque no es sólo el agua, el ambiente del mar derrama también gérmenes vitales. Esa deleitosa impresión que reciben los pulmones cuando, después de una temporada de residir tierra adentro, se aspira al fin la brisa marina, no nos engaña como engañan otras impresiones agradables: al contrario. El aire del mar á cualquier edad y en cualquier circunstancia — á menos que la tisis haya atacado los pulmones — es medicinal y balsámico.

Dejad libre á un niño en un puerto de mar, y le veis por instinto dirigirse á la playa, como si le llamasen desde ella voces misteriosas. Si se lo permitís, en la playa vivirá el niño. Descalzándose y arregazando los pantaloncitos, se tumbará en el peñascal, lo más cerca posible del agua, gozando en empaparse de la humedad pegajosa y salobre — humedad que ni moja ni enfría. — Sus manos revolverán con fruición la arena, haciendo montoncitos en figura de casas, de fortalezas y de reductos. Al descubrir enterradas y esparcidas almejas, nácares y retorcidos caracoles, sentirá tanto júbilo como por el hallazgo de un tesoro. Las expediciones á *coger conchas* y á pescar son

una fiesta para los niños. ¡Qué ilusión el sorprender, en la poza tibia aún del calor solar, el vivaz cangrejo, la linda anémona y el extraño erizo! ¡Qué satisfacción orgullosa tan grande la del primer tirón que da al cebado anzuelo el simple pececillo, y qué emoción al sacarlo del agua y arrojarlo palpitante aún en el cesto, reluciente de escamas!

Pues con ser tan sencillo y tan natural el dejar que se acerquen al padre Océano las criaturas, hasta nuestro siglo no se ha observado todo el bien que de él reciben, y el baño de mar, como medicina, empieza á propagarse ahora.

De nuestros días es la vida de playa. De nuestros días las cómodas y decorosas y alegres casetas; de nuestros días los anchos sombreros de espuerta y los gorros de hule y tela embreada; de nuestros días los trajes cómodos y racionales, que salvan el pudor de la mujer, sin estorbar los movimientos indispensables para la natación; de nuestros días los sanatorios marítimos; de nuestros días la lucrativa profesión de bañero y bañera; de nuestros días la animación de algunos puertecillos y playazos, cuyos nombres poco á poco van haciéndose célebres en todo el mundo — Etretat, Trouville, Biarritz, Arcachón, Espinho, Figuerá, San Sebastián, las Arenas, el Sardinero y nuestra bellísima Villa García, que los gallegos consideramos la reina de las playas, por su extensión, por su fondo de admirable paisaje y por la suntuosidad de su establecimiento balneario.

Sin fijarme más que en un detalle — la indumentaria, — me admiro del camino que en poco tiempo han adelantado los baños de mar; de cómo se han generalizado, arraigando en las costumbres hasta de la gente menos refinada. Hará cuatro ó cinco lustros, en mi pueblo — puerto de mar, y con muy hermosa bahía, — eran punto menos que desconocidos los trajes de baño para señoras. Si alguna, curiosa ó antojadiza, quería no entrar en las olas sino vestida como corresponde, tenía que sacar trabajosamente el patrón y modelo del figurín francés, cuidando de alargar mucho los calzones, que casi tocaban á los tobillos, por no escandalizar. Así y todo, la novedad del traje con pantalones, «un traje de hombre» («de marinero», según las más indulgentes) provocaba acerbos censuras, y era asunto de conversación hasta octubre. La mayor parte de las mujeres que por prescripción facultativa tomaban baños, entraban en las espumosas olas cubiertas con lo que Dios les daba á entender. Generalmente usaban lo que se llama *una túnica*, informe hopa con la cual pensaban resguardar la decencia, cuando en realidad no hay cosa menos decente, pues al penetrar en el agua se hincha como un farol y descubre lo que debiera encubrir. Los sombreros pajazón se ignoraban, y dominaban unos horribles capachos tejidos por los presidiarios, no faltando quien se preservaba del sol con un paraguas blanco todo el tiempo que duraba la inmersión — en cuclillas, porque el nadar era entonces cosa singular y amarimachada, y tenía en las mujeres carácter reprehensible. — Algunas veces nos divertíamos en ir á ver, desde las ventanas de las casas que caían á la marina, la pintoresca escena del baño de las mujeres. Había perfiles altamente cómicos en todo aquello. Los chillidos al entrar en el agua, los sustos cuando venía una ola formidable, las cadenas de manos para resistir su empuje, eran asunto de risa. ¿Qué diré de aquel desnudarse á la sombra de una peña — no existía ni idea de casetas, — amparándose con la sábana extendida y sostenida por una criada? La vestimenta era también de lo más variado y caprichoso. Los que llevaban *túnica* hecha *ad hoc* y sin remiendos, eran la crema de la elegancia: la generalidad adoptaba una saya y una chambrá vieja; una bata desteñida, un sabanón recompuesto, y hasta tuvimos ocasión de ver á una que había confeccionado su traje de baño con jerga de la que cubre los sacos y cajones de mercancías, é iba pregonando su origen con el letrero *¡Fragil!* estampado en letras gordas y visible sobre las espaldas de la imprevisora bañista...

De estos tiempos en que los baños de mar eran una nota humorística en el vivir, me acordaba yo al ver la bonita playa de la Barceloneta y reconocer allí esa acción benéfica del progreso, que algunos niegan, y otros, más pesimistas (como el filósofo alemán Nietzsche), califican de nefanda. La Barceloneta no es la playa de la *high life*, no es un Biarritz donde todo se paga por las setenas y donde las mujeres que viven de ostentar su belleza y sus caprichos entran en el agua con trajes de *surah* blanco guardados de encaje, y sandalias griegas bien ceñidas sobre el *maillot* de seda nacarada, que se renueva á cada baño. La Barceloneta es la conquista democrática, el goce barato, al cual, para ser exquisito, sólo le estorba eso..., la baratura. Los baños de la Barceloneta son como el pan, como las sardinas, como la fruta en agosto, como el agua cristalina de la fuente

pública: no se estiman porque abundan demasiado, porque están al alcance de cualquiera. Oponed la menor dificultad á la posesión de tales bienes, y entonces conoceréis su precio.

A mí el espectáculo de la Barceloneta me sorprendió y me cautivó. Aquellos vaporcitos moscas tan cucos, yendo y viniendo cargados de gente modesta que revelaba en el rostro la esperanza del solaz y la ilusión de la frescura que se prometían disfrutar dentro de breves instantes; aquellas innumerables casetas amarillas, salpicadas por el arenal, á manera de enormes conchas; aquellos kioscos vastísimos, con sus balconajes y barandas que parecían colgados sobre la serena superficie del mar; aquel estrépito de pianos, organillos y músicas; aquellas diversiones sencillas, infantiles — los kalidoscopios, los tíos-vivos, los panoramas; — aquel bullir y hormiguear de la muchedumbre, emperifollada con las galas de la estación, el vestido de claro percal, la sombrilla de colores vivos, el sombrero de paja florido y empenachado; aquellas turbas de niños medio desnudos, revolcándose con fruición en la arena, persiguiéndose hasta empujarse al borde de las ondas — porque el Mediterráneo no tiene *olas*; — y sobre la alegría de este cuadro, el azul purísimo de un cielo incomparable, y un horizonte en que se abrazan y confunden ese cielo y un mar de zafiro también, un mar de Grecia...; todo esto me llenó el alma del contento que experimentamos cuando vemos una forma de la cultura, del bienestar y de la felicidad, puesta al alcance de la gente laboriosa y humilde; un placer honesto y barato, sano y natural, disfrutado por una multitud, que en aquel instante no envidia — ni tiene por qué — á los poderosos, á los millonarios!

Dícese que estos baños en el Mediterráneo no prestan el vigor, no encierran la virtud medicinal de los del Cantábrico. Quizás por eso mismo — porque son recreo y no medicina — parecen tan regocijados, tan animados, tan helénicos los baños de la Barceloneta. Al entrar en el tibio seno del Mediterráneo, los niños ríen y juegan como tritoncillos; al acercarse al Cantábrico, al ver de cerca esa masa de agua densa, verdosa ó gris, rugiente, amenazadora, que rompe en espuma..., pocos son los chiquillos que á su vez no rompen á llorar.

EMILIA PARDO BAZÁN

TEPEIG-PORÁ

(BAILE DE LOS LINDOS SUEÑOS) (1)

Las tribus de indios que pueblan hasta hoy las extensas tierras y bosques seculares del Gran Chaco Boreal conservan aún muchas de las originales costumbres que tenían antes de la conquista española.

Cuando los *Ibirapitás* empiezan á cubrir sus extensas ramas de olorosas florecillas rojas y los algarrobos silvestres ofrecen al hombre de la Naturaleza su apetecible fruto en afiladas y amarillentas vainas, establécese el aduar indio á la sombra de los inmensos árboles y se da comienzo á la colecta de semillas y frutos que han de servir principalmente para la sencilla fabricación del licor que anima el *Ierokég* (baile) y que proporciona deliciosos sueños.

La fermentación de las bebidas está en punto.

En el momento de la luna nueva se elige un sitio apropiado para el gran baile, y los indios é indias jóvenes concurren desnudos y adornados vistosamente con plumas, coloretos y penachos, á presencia de los viejos que presiden la gran batahola.

La zambra trascendental dura tres días, y recién en el segundo del *Ierokég-puraci* (baile cantado) se destripan las innumerables pelotas de exquisita *uracahú* (miel borracha) y el baile llega al desenfreno, cayendo rendidos por el cansancio unos después de otros en la fresca hierba.

En el transcurso del tercer día nadie se elimina á la influencia de las bebidas, y niños, viejos, mocetones y doncellas, si es que este nombre puede aplicarse á las jóvenes indias, yacen dormidos debajo de las plantas ó entregados á las más grotescas excentricidades y extravagancias primitivas.

La alegre fiesta se repite dos ó tres veces durante el año, con luna llena ó luna nueva, y el que puede, se entrega entonces á los placeres de la sensualidad, sucediendo más tarde, cuando aparece un nuevo vástago, que si se le pregunta á la madre por el origen del niño, contesta con candorosa y primitiva inocencia: «del *Ierokég-puraci!*» ó «*tepeig-porá Ierokég!*», que equivale á decir en castellano: «este es hijo del baile de los lindos sueños.»

Así realizan aquellas gentes sencillas el supremo ideal de la fraternidad humana.

FILIBERTO DE OLIVEIRA CÉZAR

(1) Del libro *Leyendas de los indios guaraníes*.



EL ARCO DE LA ESTRELLA

15 de agosto de 1806

En el día 15 de agosto de 1806 se colocó la primera piedra del monumental arco triunfal de la Estrella. Decretara su erección después de la batalla de Austerlitz el emperador, y se convocó á un concurso á los arquitectos franceses; mas los proyectos exhibidos no fueron del agrado del gobierno, y éste encargó á dos miembros del Instituto que procedieran á trazar nuevos planos.

Después de grandes modificaciones en los proyectos, proyectos que produjeron discusiones vivísimas entre los técnicos, y cuando estaba á punto de cerrarse el gran arco y se llevaban ocho años de trabajo en el monumento, se suspendieron las obras y en suspenso quedaron durante otros nueve años. Reanudadas aquéllas, prosiguieron sin interrupción hasta que en 1836 se terminó el edificio.

Tomaron parte en la dirección de los trabajos cuatro arquitectos, además de otros cinco que computaron en el reinado de Luis XVIII la comisión encargada de examinar las modificaciones que en la traza querían introducir Chalgrin y Goust. En la parte decorativa escultórica trabajaron Rude, Pradier, Cortot, Lemaire, hermanos Seurre, Brun, Laitié, Jacquot, Etex, Chaponniere, Feuchérez, Caillonete, Gétcher, Marochetti, Bra, Valois, Bossio, Valcher Gérard y Espécieux, en total veintiún artistas.

* *

De Pradier son las cuatro figuras de los tímpanos del gran arco, dos de las cuales tocan trompetas y dos tienden ú ofrecen coronas de laurel; de Rude es *La partida de los voluntarios de 1792*, alegoría que, como dije en otra parte, se considera la más hermosa obra escultórica del monumento; de Cortot es la otra alegoría titulada *El Triunfo*, que representa al emperador Napoleón vestido á la usanza clásica, poniendo una mano sobre la cabeza de una figura femenina que simboliza á una ciudad vencida, y sosteniendo con la otra una espada envainada. Dispuestos en finísima composición vense además un cautivo, cuya cabeza cubre un tocado frigio; la figura de la Historia escribiendo los nombres de las más famosas batallas ganadas por el César francés, y una Fama tocando la clásica trompeta. A la derecha de Napoleón la *Victoria* le corona.

Las otras dos grandes alegorías que corresponden á la fachada posterior son del escultor Etex. Simboliza uno de los bajos relieves la *Resistencia*, y la composición es la siguiente: Un hombre joven empuña una espada corta y aparece en actitud de rechazar al enemigo; abrazado á las rodillas de este joven hállase herido un viejo; la esposa del guerrero sostiene en

sus brazos á un niño muerto y trata de detener al marido. Detrás se ve á otro guerrero que cae muerto de su caballo. Dominando el grupo y prestándole aliento al combatiente álzase el *Porvenir*.

La segunda alegoría representa la *Paz*. En este bajo relieve, como en el anterior, las dos figuras verdaderamente inspiradas y que por sí solas sintetizan el pensamiento del artista son de guerreros jóvenes. Si en la *Resistencia* es bastante por sí sola la figura del único combatiente para comprender al primer golpe de vista lo que Etex quiso representar, en el bajo relieve la *Paz* también hállase expresada ésta en el guerrero que ocupa el centro de la composición. La actitud de la figura es reposada, tranquila; y así envaina la espada, majestuosa y reposadamente. A la derecha del soldado, un labriego hállase ocupado en arreglar una rueda de su carro de labor; á la izquierda, una madre sostiene sobre las rodillas un niño; más lejos, un hombre parece entretenido en la doma de un buey. Dominando la composición y colocada entre un roble y un laurel vese á Minerva.

* *

Además de las obras escultóricas aquí descritas, decoran el famoso *Arco* multitud de bajos relieves y figuras de menor importancia. Mas con todo, no por carecer éstas de aquel vuelo que avalora las descritas en lo que corresponde á la idea, son por eso menos dignas de atención para cuantos vienen estudiando atentamente las evoluciones del arte en general y de la escultura en particular. Vese en ese conjunto de obras cómo desaparece el gusto del neo-clasicismo y sus influencias, y cómo, aun teniendo en cuenta el doble carácter decorativo y alegórico de dichas obras, que obligó á los artistas, como he dicho más arriba, á buscar en la indumentaria y en las fórmulas clásicas modos de expresión, se iba imponiendo el realismo y alguna vez el naturalismo; por ejemplo, en el bajo relieve de Etex, la *Paz*. Y no solamente se iba imponiendo en lo tocante á la parte técnica, esto es, en lo que atañe á la factura, al movimiento de las figuras, á la traza de éstas, sino también á la idea, al concepto de la idea, del sujeto. Mientras, según los cánones neoclásicos, la belleza de la obra escultórica consistía en el atildamiento de la línea, en la más exquisita corrección de ésta, en el movimiento majestuoso, sin alardes de violencia, de las figuras, supeditando casi por completo lo que hoy llamamos expresión moral á la belleza de la forma, los seguidores de David d'Angers dábanle preeminente lugar á la idea, y según la fuerza dramática de ésta así movían y componían las alegorías. Por otra parte (y vuelvo sobre lo dicho por la crítica al censurar á Rude) aun cuando no pueda considerarse el *Arco de la Estrella* como monumento perteneciente á un de-

terminado orden arquitectónico de los griegos y del compuesto, sin embargo, todos sus elementos están dentro de la arquitectura clásica; y siendo la parte escultórica que exorna y anima este arco triunfal, en su principal carácter, decorativa, el escultor no podía olvidar tan importante condición.

* *

Está construído este monumento con piedra del país. Tiene cuarenta y nueve metros y medio de elevación, cerca de cuarenta y cinco de largo y algo más de veintidós de ancho. Su coste fué de más de nueve millones de francos.

Con haber erigido los romanos monumentos de la condición del de la Estrella, algunos de dimensiones verdaderamente extraordinarias, ninguno sin embargo alcanzó las del decretado por Napoleón para eternizar sus triunfos y los de Francia. Los arcos triunfales de Trajano, de Constantino, etc., que guarda Roma, son mucho más pequeños, casi una mitad que este del cual me ocupo. Las Pirámides de Egipto, que como todos sabemos son numerosas, apenas tienen la elevación del arco triunfal de la Estrella; deben exceptuarse las tres de Gize, la mayor de las cuales es cerca de tres veces más alta.

En la actualidad hállase el arco rodeado de andamios; trátase de colocar el coronamiento de la colosal fábrica, que consiste en una cuadriga de bronce.

R. Balsa de la Vega

GERONA

(16 de agosto de 1808)

Si pruebas dió la heroica ciudad de la varonil entereza de sus hijos durante el primer sitio, no fueron ciertamente menores los esfuerzos y abnegación de los gerundenses en el segundo asedio. Como en el anterior, llegaron hasta el sacrificio, convirtiéndose cada uno de ellos en viviente ejemplo de patriotismo y en baluarte de la patria independencia. Escudados por vetustas murallas y débiles parapetos, no reparados con la eficacia que las circunstancias requerían, escasos de armamento, pero repletos de entusiasmo, disponíanse en julio de 1808 á rechazar las huestes de Duhesme con iguales bríos con que le obligaron á levantar el campo en el mes anterior.

Vanos habían de ser los propósitos del caudillo francés. Ante las ruinosas murallas, harto maltratadas por los anteriores ataques, ante los cuarteados muros, debía estrellarse la arrogancia del general enemigo, quien, tratando de parodiar á César, repitió análogas frases que el caudillo romano, convencido de la valía de los elementos con que contaba para atacar,

tomar y arrasar á la heroica ciudad, baluarte adelantado, verdadera frontera de la patria.

En tanto que Duhesme emprendía la marcha desde Barcelona al frente de su numeroso y aguerrido ejército, conduciendo un formidable tren de batir, aprestáronse los gerundenses á la defensa. Reparáronse las murallas, acopiáronse víveres y municiones y distribuyéronse los defensores, señalando á todos, incluso á los religiosos y á las mujeres, el puesto que debían ocupar en el momento de que el toque de generala señalara el peligro.

Difícil y penosamente atravesó el ejército enemigo las comarcas que debía recorrer para llegar á la vista de Gerona, molestado por el fuego de los somatenes y por los obstáculos interpuestos para imposibilitar la conducción de la artillería. Los pueblos incendiados y saqueados señalaban el paso del enemigo, cuyo encono exacerbaban las diarias escaramuzas que debía sostener con las guerrillas de miqueletes, que apostados en los riscos y bosques del trayecto producíanle numerosas bajas. Así llegó el 22 á Hostalrich, cuyo castillo despreció sus intimaciones, y á la vista de Gerona presentáronse las avanzadas al siguiente día 23, contra las que seguidamente rompieron el fuego las baterías de la ciudad. A partir de esta fecha, hasta el memorable 16 de agosto siguiente, en que la división del conde de Caldagués, en combinación con la plaza y los somatenes, obligaron á Duhesme á emprender la fuga, abandonando gran parte de sus almacenes y artillería, cada día significa una jornada gloriosa, cada muralla señala un hecho de armas, cada defensor representa un héroe. Los nombres de Bolívar, gobernador de la plaza; O'Kelly, O'Douvran, O'Donnell, Pierrou, Wash, bizarros jefes y oficiales; de Ultonio, La Llave, de artillería, y Pellicer y Ortega, de voluntarios de Barcelona, pertenecientes á la guarnición, así como los del conde de Caldagués, Milans, La Valette y Clarós, caudillos de las fuerzas libertadoras, merecen ser pronunciados con respeto y perpetuarse su memoria. La historia dedícales el tributo que merecen los que por la patria se sacrifican, y Gerona confunde su recuerdo con el de sus épicas glorias.

¡Gloria á España, la que combatió contra el enemigo de la independencia patria; gloria á sus ilustres hijos, á sus héroes, á aquellos que sacrificaron sus vidas y haciendas en aras del sentimiento simbolizado en su bandera: la religión y la patria!

A. GARCÍA LLANSÓ

EL ÚLTIMO DINAR

I

En el nombre de Dios clemente y misericordioso, reinaba en la bella Córdoba, la ciudad que en su recinto de ocho leguas encerraba doscientas doce mil casas para vivir, novecientos baños públicos para deleite del cuerpo, setecientas bibliotecas para esparcimiento del alma, y seiscientas mezquitas para orar el grande, el magnífico califa Abd er-Rhamán III.

Córdoba, circundada por magníficos jardines, entregada al lujo oriental de sus moradores; con su campiña feracísima en la que se criaba el manzano de redondo y sabroso fruto, la gentil palmera que al inclinarse, como saludando, ofrece el azucarado dátil, la morera, que deja caer sus productos menos negros que los ojos de las hermosas andaluzas, el naranjo, que se cubre de pequeñas esferas rojas como la grana, la erguida caña de azúcar por cuyo interior corre, como la sangre en el cuerpo, dulcísimo néctar; con sus soberbios palacios de pavimentos de mármoles de color tan vario como los matices del iris, de paredes incrustadas de oro y con techumbres de riquísimas maderas; con sus fuentes de aguas murmurantes; con sus hijos dados al cultivo de las letras; con su comercio extenso, que sólo en España importaba el oro de las minas de Jaén y el que lleva el

Tajo en sus revueltas ondas, las perlas que el marino atrevido buscaba en los senos del Mediterráneo, mar junto á Tarragona, y el coral que extraía teniendo á su vista las costas de Andalucía, los rubíes de Málaga, los paños de Murcia y las sedas de Granada; con sus alminares; con sus ajimeces; con su emir generoso, noble, valiente entre los valientes; con su azul incomparable cielo, era la ciudad hermosa por excelencia, la reina del mundo, la sonrisa de Dios, la bendita del Profeta. En aquel paraíso, indiferente al espectáculo de tanta grandeza, en pobre humildísima casa, encerrado el cuerpo en destrozadas y harapientas vestiduras y el corazón en sed inextinguible de riquezas, vivía el judío Rubén en compañía de su hija Naara.

Naara sólo contaba quince años, y era hermosa y pura como el lirio de los valles.

posible que tan gran avaricia pudiese caber en un cuerpo tan pequeño.

Cuando á solas en su aposento el judío Rubén contemplaba sus montones de brillantes monedas de oro y de riquísimas piedras preciosas, que despedían vívidos resplandores, los ojos del avaro se animaban, lanzaban relámpagos de alegría; hundía sus manos y sus brazos temblorosos por la calentura en aquellos tesoros, los extendía abrazándolos, y luego bajaba la cabeza y los besaba con afán, con hambre, juntando con ellos su rostro amarillo, cuyo color se confundía con el del metal que agitaba sus entrañas con amor insensato.

Por azar del destino, Naara, que era un ángel, había sido engendrada por un demonio. Aquellos dos seres tan opuestos vivían bajo el mismo techo y por sus venas corría la misma sangre. Naara era la luz y Rubén era la sombra.

II

Por delante de la casa en que Rubén vivía pasaban continuamente jóvenes judíos, ansiando lograr una mirada de la hermosa Naara. Rara vez conseguían verla, porque su padre la mantenía oculta casi siempre en las habitaciones interiores, pareciendo guardar tan cuidadoso su hija como su dinero.

Verdaderamente el tratar de unirse á ella era acometer una empresa difícilísima, porque para coronarla con el éxito se necesitaban dos condiciones: cautivar en redes de amor el corazón de la niña, que hasta entonces se había manifestado insensible á todos los extremos de cariño de los amadores que la asediaban, y contar con oro suficiente para poder mostrarse ante el viejo con dinero bastante para poder satisfacer su sórdida avaricia.

A pesar de esto, los rondadores de la casa eran numerosos, y cuando Naara salía de su casa, apoyada en el brazo de su padre, la seguían de lejos, lanzándole ardientes miradas que se estrellaban en el rostro lleno de dulzura, pero impasible, de la joven. No era dable suponer en ella orgullo al no contestar á las muestras de afecto que la rodeaban, y bien pronto se imaginó que algún amante afortunado había logrado interesar su corazón. Pero en vano se dieron á buscar al mancebo, porque por más que con gran constancia la observaron, no pudieron notar ni el menor acto por el que lograran venir en conocimiento de quién era aquel amante fantasma, acabando por creer que nadie había sabido atraerse el cariño de la bella judía.

Sin embargo, si á altas horas de la noche, cuando el silencio reinaba y la luna no aparecía en el cielo, dejando huérfano al mundo de su luz melancólica, hubiesen espiado la casa del avaro, hubieran visto que una de las ventanas bajas se abría calladamente y á ella asomaba la hechicera niña, y entablaba con un hombre situado en la calle ter-

nísimos diálogos de amor. Si luego hubieran seguido al hombre, cuando próximo el día se separaba de su amada, le hubieran visto cruzar varias calles, hasta llegar á una casa cuya puerta abría, y al entrar en el zaguán, á la luz de una lámpara en él colocada, hubieran reconocido al propietario, el joven y rico comerciante israelita David.

La sorpresa que hubiera experimentado el amante celoso hubiera sido grande, porque ni remotamente nadie sospechaba que David, entregado siempre á sus asuntos de comercio, que prosperaban de día en día, y que con ojos al parecer indiferentes veía cruzar alguna vez á Naara por delante de su casa, fuese el amante de la hija de Rubén. Consistía esto en que David, conociendo el genio avaro del padre de Naara, no había querido que sus amores trascendieran, para no dar lugar á que, advertido aquél, impidiera sus entrevistas con la que su corazón adoraba, entrando en cuidados que hasta entonces le tenían descansado y lleno de confianza, de la cual se aprovechaban los amantes para sus nocturnas entrevistas, que iban



ENSUEÑOS, escultura de Alfredo Boucher

(Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

Por las calles de Córdoba transitaban árabes, israelitas y cristianos, y cuando las cruzaba Naara era para los agarenos, por su delicada belleza, una de las huríes que en el Edén han de premiar el esfuerzo de los muertos en el campo de batalla en defensa de las verdades del Korán; para los cristianos tenía algo del celestial encanto que ostentan los querubines que cantan eternamente en la presencia del Dios de los mundos; para los hebreos era hermosa como la Sulamita que pinta Salomón en el *Cantar de los Cantares*. Un indio la hubiera creído formada por un suspiro de Brahma, porque era una beldad á la cual habían de mirar con amor, con pasión, los ojos de los hombres; con celos, con envidia, todos los ojos de mujer.

Y junto á aquella flor ternísima, acariciada por el rocío, besada por las auras, vivía Rubén como un tronco carcomido y seco, informe, rudo, salvaje, agrietado, que tiende sus brazos, descarnados como los de un moribundo, retorcidos por la desesperación.

Era inmensamente rico, inmensamente avaro y flaco y de menguada estatura, tanto, que parecía im-

arraigando más el ardiente fuego en que sus corazones se abrasaban.

Llegó, sin embargo, un día en que conocieron que era ya imposible continuar por más tiempo manteniendo ocultos aquellos amores, sufriendo las largas ausencias á que el recato que querían guardar les obligaba, y decidió David ir á casa de Rubén á darle cuenta de su pretensión, agitado su corazón entre la dulce esperanza de verla alcanzada y el triste temor de verla fallida.

Aunque rico, no era David opulento, por más que sus asuntos caminasen de tal suerte que tenía fundadas esperanzas de llegar á serlo; mas temía no lograr convencer á Rubén, presentando á sus ojos el porvenir que le aguardaba, pues sospechaba que el avaro se daría más traza para cosechar realidades que para sembrar esperanzas.

Cuando fronteros el viejo y el joven, comenzó éste á hablar manifestando su petición y el amor que le unía con Naara, una emoción grandísima le sobrecogió y sus palabras escaparon á borbotones, con toda la elocuencia del alma, ardientes y vivas, buscando el camino del corazón, sin comprender que se dirigían á un hombre que oía un lenguaje desconocido y que, comprendiendo únicamente al través de aquel ruido, que se trataba de destruir el frío cálculo que había formado con respecto á su hija, le escuchaba con asombro y actitud de fiera sorprendida en su cubil.

— Eres un insensato, que has pensado que yo daría mi hija á un pobre, fué la única contestación que Rubén dió á la larga peroración del joven.

En vano éste pretendió explicar sus esperanzas de riquezas futuras, porque Rubén, reservado y hosco, manifestábase á las claras que no era hombre á quien convenciese y sacase de su propósito el discurso del mejor orador del mundo. ¡Extraño diálogo aquel en que sólo cantidades y riquezas se discutían, cuando lo que en el fondo se trataba era un amor desinteresado y puro!

Razones, súplicas y lamentos, todo fué inútil, hasta que David comprendió que era imposible hacer brotar el menor átomo de sentimiento en el corazón helado del anciano. Entonces, desesperado y alentando apenas, se asió con afán á una última esperanza, formada por un pensamiento que surgió en su cerebro y se apoderó de él con la misma violencia con que surge y se arraiga una idea de salvación en la mente perturbada de un condenado á muerte. Lleno de dolor y de ira, pidió un plazo de dos años al implacable viejo, creyendo que al cabo de este tiempo, infinito para él, podría volver y arrojar á los pies de Rubén oro suficiente para arrancarle el consentimiento que le negaba. El padre de Naara concedió el plazo que de él se solicitaba, y un momento después, mudos y sombríos, se separaban aquellos dos hombres, alentando cada cual en su corazón esperanzas de bien diversa índole.

Aquella noche David acudió á la ventana de su amada; pero en vano repetidas veces hizo la señal acostumbrada, porque continuó cerrada, y tuvo por fin que apartarse con el corazón angustiado de aquel sitio que había presenciado tanta felicidad.

Tres días después partía de Córdoba, sin haber conseguido ver al ángel de sus amores, para buscar en lejanas tierras, por medio de su tráfico comercial, el oro que había de ser la llave encantada que le abriese el Edén en este mundo para gozar en él por anticipado todas las delicias del cielo.

Y mientras tanto Naara, ignorando lo ocurrido, sin atreverse á dirigir una pregunta á su padre, que la mantenía constantemente á su lado, consumía su vida en terrible ansiedad, sin la vista de su amado, tan preciosa á su existencia como la gota del rocío y el rayo del sol á la florecilla de los campos.

III

Transcurrió un año entero para Naara sin que en todo él tuviera la menor noticia de David: año de dolor, de angustia, de instantes infinitos.

La pena se reflejaba en su semblante, cubriéndole con su velo impalpable y aumentando su belleza.

Un día que caminaba asida del brazo de su padre por una de las calles de Córdoba, se cruzó con ellos un moro de riquísimo traje y arrogante apostura, que clavó en ella una mirada ardiente, apasionada, audaz, que la hizo bajar los ojos, interponiendo así entre sus pupilas y las del árabe la espesa cortina de sus negríssimas pestañas. Continuó su camino sin volver atrás la cabeza, conociendo, sin embargo, sin poder explicarse por qué, que el joven la seguía y sintiendo una emoción de miedo en el corazón.

Cuando llegó á su casa, ya en el umbral, quiso saber si se había engañado, y volvió la cabeza, pudiendo apenas contener un grito. El árabe estaba allí, á unos pasos de ella, enviándole una mirada aun más profunda que la primera, llena del deseo que pueden expresar unas pupilas africanas, y en la que brillaba algo del fuego que debe arder en los ojos de Satanás, el ángel caído, cuando fije su vista desde el antro de sus tormentos y desesperación en la luminosa región de los bienaventurados. Aquella mirada abrasadora produjo, sin embargo, frío en el corazón de Naara, porque al través de ella le pareció ver algo desconocido que se interponía en el camino de su vida ya tan desgraciada, y creyó sentir por ella como el agotamiento de una última esperanza de felicidad, que volaba y huía á la región de las quimeras. Era un presentimiento que se imponía y se apoderaba de su alma, indicándole el principio de un combate, como el clarín anuncia al soldado el comienzo de la batalla. ¡Pobre Naara! Creía haber llegado en su dolor al punto límite de la desventura, y en un momento veía surgir nuevos pesares, nunca imaginados por su fantasía.

Transcurrieron varios días, y todos ellos vió, cuan-

do salía con su padre, al joven árabe seguir sus pasos, siempre á igual distancia y con aire que la aterraba, porque marcaba para su corazón de mujer el



PREDICAR EN DESIERTO, cuadro de Joaquín Agrasot (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)



DEBERES HUMANOS, cuadro de Juan Vila (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona de 1896)

aplomo del hombre que empieza su camino con la seguridad completa de acabarlo.

Detrás de las celosías de su casa observaba algunas veces, sin ser vista por él, al joven, que contemplaba la puerta con insistente mirada, ó hacía preguntas á algún pobre transeunte, con quien entablaba un diálogo en el que entraban por mucho las señas lanzadas á la morada de Rubén, y que terminaba siempre por un movimiento como de entegrar algunas monedas y humildísimos y exagerados saludos por parte del que las recibía, que marcaban de manera clara la cuantía de aquellos presentes.

Naara, que mantenía cada vez más vivo el recuerdo idolatrado de David, odiaba ya al tenaz árabe, y abrigaba por él un miedo de oveja que siente su redil rondado por el lobo.

Mas por ventura suya, no tuvo que asistir ni pudo escuchar una conversación que algún tiempo después tuvo lugar entre su padre y el asiduo rondador.

Era éste Grafar-ben-Duzcali, uno de los amigos favoritos del gran emir Abd-er-Rhamán, conocido en Córdoba por sus riquezas sin cuento y por la tenacidad de su carácter. Valiente y voluptuoso, decíase de él que poseía en su suntuosa mansión una magnífica colección de armas de todos géneros, y que en su harén guardaba las más preciadas hermosuras del mundo.

No entró en la casa de Rubén con el temor con que un año antes había penetrado David, sino con la vista alta y la arrogancia pintada en el rostro, con algo en fin en toda su apostura del aire conquistador con que veía á su potro favorito pisar con el duro casco el suelo arrebatado á los enemigos en la encendida pelea. Tan luego como expresó á Rubén la pretensión de que le entregase su hija, un estremecimiento corrió por el cuerpo del viejo judío, porque como hombre religioso tenía que sacrificar todas sus

creencias entregando su hija á un enemigo del Dios de Jacob, y como padre tenía que atormentar el corazón de Naara, que ardía en amores por el ausente David.

Una negativa terminante fué la respuesta que recibió Grafiar; pero lejos de alterarse éste, como parecía corresponder á su carácter arrebatado, recibió con una sonrisa fría y acerada la contestación del viejo, como hombre que oye una cosa que ha esperado oír ya, y á la cual puede resistir con poderosos argumentos.

Entonces se entabló una lucha horrible entre aquellos dos hombres; lucha inaudita de sentimientos, porque Grafiar, con reposado continente, comenzó á ofrecer cantidades al miserable judío como compra infame y vil del tesoro que ambicionaba. Espantosa era la expresión del rostro de Rubén, lívido por el deseo; pero eran más espantosas aún las ideas que cruzaban por su cerebro, y las sensaciones que agitaban su corazón, ahogando amor, honor, creencias ante su monstruosa pasión de oro. Por fin, cuando Grafiar nombró con decisión irrevocable que se transparentaba en su firme acento, una última cantidad capaz de satisfacer aquella sórdida avaricia, el viejo dejó escapar de sus labios temblorosos su asentimiento, y el joven lanzó un grito de alegría al ver conseguido el objeto de sus deseos.

Al día siguiente, Naara, á pesar de sus lágrimas y de su dolor, fué conducida á la casa del magnate, y Rubén recibió el precio de su maldita venta.

No volvió á saber de su hija, muerta desde entonces para él, y sólo alguna vez pensaba en la vuelta del amante de Naara; pero sin espanto, porque había hecho creer en la judería que la amada de David había muerto lejos de Córdoba, en casa de unos parientes lejanos donde la había mandado.

Hubiera temblado, sin embargo, si hubiese sabido que seis meses después de los sucesos que acabamos de narrar, un eunuco, ganado con presentes por Naara, había llevado á un fiel servidor de David un pergamino cerrado, y poco después la noticia de la muerte de la pobre niña, encargando el sigilo por temor de que los hebreos hicieran caer sobre Rubén el peso de la ley.

Aquel pergamino, que el servidor de David guardaba religiosamente, encerraba una relación de lo ocurrido, y en él se expresaba, en cuanto la palabra puede expresarlo, la agonía de un alma, la muerte de una niña, agostada en los brazos de un hombre aborrecido, como una flor arrancada la raíz de la vida por la lava hirviente de un volcán.

IV

Una noche Rubén se disponía, según costumbre, á contar su oro, cuando oyó un golpe dado con violencia á la puerta de la calle.

— ¿Quién podrá ser?, murmuró. Alguno que viene á pedir dinero, y no querrá que nadie lo sepa. ¡Bah!. Le haremos pagar doble por el misterio.

Y tomando en su mano una pequeña lámpara, se dirigió hacia una ventana colocada al lado de la puerta y un poco más alta que ella.

La abrió, y dos hombres, á juzgar por el bulto, se ofrecieron á su mirada escudriñadora que quería sondear las tinieblas. Sacó el brazo con la luz, y quedóse un momento silencioso, contemplando aquellas dos figuras, inmóviles como estatuas.

— Volved mañana, dijo por fin, no es hora de abrir á nadie, ni de tratar ningún asunto; hablaremos á la luz del día.

Los dos hombres volvieron la espalda á la casa y comenzaron á alejarse.

— Peor para vos, dijo uno de ellos; mañana será tarde, y esta noche podríais ganáros unos buenos cequíes.

El viejo se arrepintió de lo que había dicho, y una sombra de duda pasó por su semblante.

— ¿Qué queréis?, dijo con rapidez.

Los dos hombres volvieron sobre sus pasos y el que había hablado antes arrojó por la ventana un objeto que pasó por encima de la cabeza de Rubén y cayó en la habitación.

— Ved si os conviene comprar eso, dijo con malhumorado acento.

Rubén se apartó de la ventana, buscó en el suelo, y encontró un pequeño lío de paño. Lo descubrió con presteza, y mil chispas de luz saltaron á sus ojos desde unos magníficos brillantes primorosamente tallados, sembrados con profusión en un precioso joyel de exquisito gusto árabe. Un ligero encarnado coloreó las mejillas del avaro, y por un momento se cruzaron los rayos de luz que escapaban de los brillantes y los que lanzaron sus ojos, alegres por la codicia.

— Voy á abrir, dijo á los de afuera, después de

haber contemplado largo rato con delicia el soberbio joyel y oprimiéndole con mano convulsa.

Oyóse un instante después, en el silencio de la noche, el áspero chirrido que hicieran al descorrerse varios cerrojos, y se abrió después la puerta dando entrada á los dos hombres.

— Seguidme, dijo el viejo al verlos dentro.

Y después de cerrar cuidadosamente la puerta, tomó delante de ellos por una empinada escalera, que conducía á la habitación en que se entregaba á sus tráficos.

Cuando hubo llegado á ella, se volvió, y vió con asombro que sólo estaba con él el hombre que hasta entonces no había hablado, y cuyo rostro no podía descubrir, cubierto como estaba por la capucha de una chilaba.

— ¿Y vuestro compañero?, preguntó con miedo el viejo.

Por única contestación, el desconocido, con un rápido movimiento echó atrás la capucha, dejando al descubierto su hermosa cabeza.

Rubén contuvo un grito de terror, porque delante de él, pero inmóvil, amenazador, con la desesperación pintada en el rostro y el odio en la mirada, estaba David, el amante querido de Naara, contemplándole con un aspecto de demonio á quien se entrega el alma precita de un condenado.

Un pavor que heló la sangre en sus venas se apoderó del viejo, y sintió que sus escasos cabellos se erizaban de terror.

La lámpara, colocada encima de la mesa, iluminaba con llama vacilante aquella escena.

El joyel escapó de manos de Rubén, y produjo al caer un sonido metálico que interrumpió el silencio que reinaba en la estancia.

— ¿Qué has hecho de Naara?, preguntó David con voz ronca, preñada de ira y de amargura.

Rubén quiso contestar; pero antes de que pudiera hacerlo, «Toma, asesino, y lee,» dijo David, poniendo en sus manos arrugadas el pergamino escrito por Naara.

Dominado el viejo por el miedo y por el acento imperioso del joven, pasó su vista por el pergamino, comprendiendo, apenas comenzó á leer, que allí estaba escrita su sentencia de muerte.

Cuando hubo acabado de leer, quedó mudo y aterrado delante del vengador de Naara, sin calor para defender su vida, cuyo término leía en la hambrienta mirada de odio que lanzaban los ojos de David.

— Mientras tú la asesinabas lentamente, exclamó éste, yo, loco de mí, corría tierras y atravesaba mares buscando oro para satisfacer tu pasión infame, y cuando volvía con él para entregarlo en tus manos, supe que ella, pura como los ángeles, había sido entregada á un demonio. Podría delatar tu crimen, añadió con acento horrible, á los de nuestra religión, para que te hicieran morir entre tormentos, y todos me parecen pequeños para satisfacer la sed de venganza en que arde mi alma. ¡Tiembra, miserable!, porque yo que he visto los volcanes, te digo que su hirviente lava es fría ceniza comparada con el fuego que devora mis entrañas, y no encierran las ondas saladas de los mares que por ti he cruzado tanta amargura como llevo en mi corazón destrozado.

Rubén se estremeció al oír la expresión de aquel odio formidable, y comprendió que estaba perdido y completamente á merced de su enemigo.

— ¡Ah!, continuó David, mi mente tan fecunda para encontrar el oro que me pedías, no encontrará una venganza tan grande como me la está pidiendo mi corazón...

El viejo, que había llegado al paroxismo del terror y perdido toda esperanza, comprendiendo que su vida tocaba á su término, sólo quiso evitarse los tormentos que la rabia de su contrario le auguraba, para lo cual procuró excitar su ira á fin de recibir pronto el golpe que había de acabar con su existencia.

— ¡Cómo resistir, exclamó con desesperación, al dinero de Grafiar, cuando sabes que el oro es para mí más que el amor de mi hija y más aún que mi propia vida!

— Sí, ya lo sé, miserable, dijo David con una exclamación de alegría insensata; ya sé cuánto amas tus riquezas y cómo te embriagas con su brillo cuando, después que la noche cierra, penetras en el sitio en que las escondes: ese sitio es éste, y yo conozco el secreto que abre la puerta del alcázar de tus placeres.

— ¡Mentira!, gritó el viejo, herido en lo más hondo de su corazón; no puedes saberlo...

— Sí lo conozco, infame, exclamó David, que saboreaba con delicia la angustia del viejo. Naara me lo dijo. ¿Qué secretos guarda una mujer al hombre que ama?

Luego añadió lentamente, dejando caer sus palabras como gotas de plomo derretido:

— Pensé arrancar gota á gota de tu cuerpo tu sangre venenosa; mas es poca satisfacción para mi sufrimiento, y voy á arrancar hasta la última moneda de tus arcas.

Un estremecimiento espantoso contrajo el cuerpo del anciano, que había visto, sin atreverse á tomar defensa, acercarse el postrimer instante de su vida, pero cuyo corazón se sublevaba ante la idea, nunca concebida por su menguada razón, de perder el fruto de sus crímenes. Su cuerpo encorvado se alzó con rabia de fiera que defiende sus cachorros, y adquiriendo sus cansados miembros la flexibilidad de los de un joven, saltó á un ángulo de la habitación en que se encontraba, y se colocó delante de él, armada su diestra con una acerada guma que apretaba convulsivamente, mientras que con la izquierda mano parecía proteger la oculta puerta del recóndito sitio en que encerraba su oro maldecido.

David le midió un momento con la vista de los pies á la cabeza, y sin pronunciar una palabra se arrojó sobre él.

Este quiso descargar su guma sobre el pecho del joven, pero con un movimiento rápido logró su contrario parar el golpe, y oprimiendo con fuerza incontrastable la muñeca de Rubén, le hizo soltar el arma homicida y caer postrado á sus pies.

— ¡Isaac á mí!, gritó con voz de trueno.

La puerta de la habitación se abrió, y un momento después apareció en su marco la figura del fiel servidor de David.

— Sujeta á ese hombre, dijo éste.

Poco después, Rubén forcejeaba en vano y rugía de cólera y desesperación, sujeto en las manos de Isaac como en una máquina de acero.

Entonces vió con espanto, loco, fuera de sí, cómo David, oprimiendo un resorte, abría aquella puerta que él había en vano intentado defender.

Y creyendo ablandar el corazón de su enemigo, evitando de este modo la pérdida de aquellas riquezas para él tan queridas, comenzó á suplicarle, mezclando á veces con sus lamentos palabras de ira y juramentos terribles de venganza.

— Bien hice yo, dijo por fin con voz enronquecida, en no entregarte mi hija. ¿Qué tienes tú que echarme en cara, miserable ladrón de un viejo indefenso?

Aquellas palabras produjeron una sacudida nerviosa en el cuerpo de David, que se volvió pálido, con los ojos inyectados en sangre, hacia Rubén.

— ¡No es verdad!, le dijo. Yo no puedo robarte tu dinero; pero necesito vengarme de ti y siento haber nacido bueno, porque no encuentro en las profundidades de mi cerebro una idea bastante horrible capaz de satisfacer la rabia de mi corazón. Yo te dejaré tu oro..., ¡todo no!, dijo de repente, como asaltado por un pensamiento súbito... ¡Mira!

Entonces comenzó á poner encima de la ancha mesa los montones de piezas de oro y piedras preciosas que constituían la riqueza del judío.

Isaac presenciaba aquella escena sin pronunciar una palabra, sujetando al viejo, que en vano intentaba desasirse con impotentes esfuerzos como si estuviera preso por unas manos de piedra.

Luego que todo estuvo colocado sobre la mesa:

— Escucha, dijo David á Rubén, serán tuyas todas las riquezas que puedas ir cogiendo con las manos.

Y sin que el viejo pudiera evitarlo, le desciñó el cordón con que sujetaba á su cuerpo la especie de hoga que le cubría, y un momento después, haciendo un nudo corredizo, encerraba en él el cuello de su enemigo.

— Comienza á apoderarte de tu oro, exclamó David; mas sabe que en el momento en que ceses, no tendrás ni una sola de las monedas que dejes. Cuando indiques que no quieres más, yo te devolveré con la vida las riquezas que hayas tenido tiempo de alcanzar.

Rubén miró con atonía á David y á Isaac, y luego sus ojos lanzaron una mirada indescriptible á aquellas riquezas que brillaban y despedían vivísimos destellos ante él.

Hizo con la cabeza un signo afirmativo, y apartándose de Isaac que había abierto sus manos, á una señal de David, se colocó junto á la mesa.

Entonces tuvo lugar una escena horrible.

Con las manos convulsas, empezó á coger puñados de monedas y brillantes, que despedían chispas de luz entre sus dedos amarillentos, arrojándolos al suelo, al mismo tiempo que el cordón que ceñía su cuello le iba oprimiendo de una manera lenta y terrible. Bien pronto manchas lívidas cubrieron sus mejillas y comenzó á sentir que el aire iba faltando á sus pulmones; y sin embargo, con rapidez vertiginosa, estremecido su cuerpo por la angustia del tormento, asía joyas y dinero y las arrojaba al suelo, produciendo un sonido metálico continuo que interrumpía aquel silencio pavoroso. La respiración le faltaba

casi por completo y ante sus ojos pasaban luces extrañas; pero á pesar del sufrimiento continuó su tarea, por más que en su mente veía acercarse la muerte con pasos gigantes. Con tal rapidez había ido encerrando en sus manos su tesoro, que llegó un momento en que sólo una moneda, un dinar, quedó brillando sobre la mesa. Entonces en su cerebro hubo en un segundo una lucha terrible entre el instinto de conservación y su monstruosa avaricia. Comprendió que había llegado al último límite, y que era preciso para conservar su vida hacer la seña que había de poner término á su agonía. Sus oídos zumbaban, su rostro estaba cárdeno y cubierto de manchas violadas; sólo un átomo de vida quedaba en aquel cuerpo decrepito., pero allí, delante de él, brillaba el último dinar como un ascua..., extendió la mano y quiso apoderarse de la moneda codiciada.

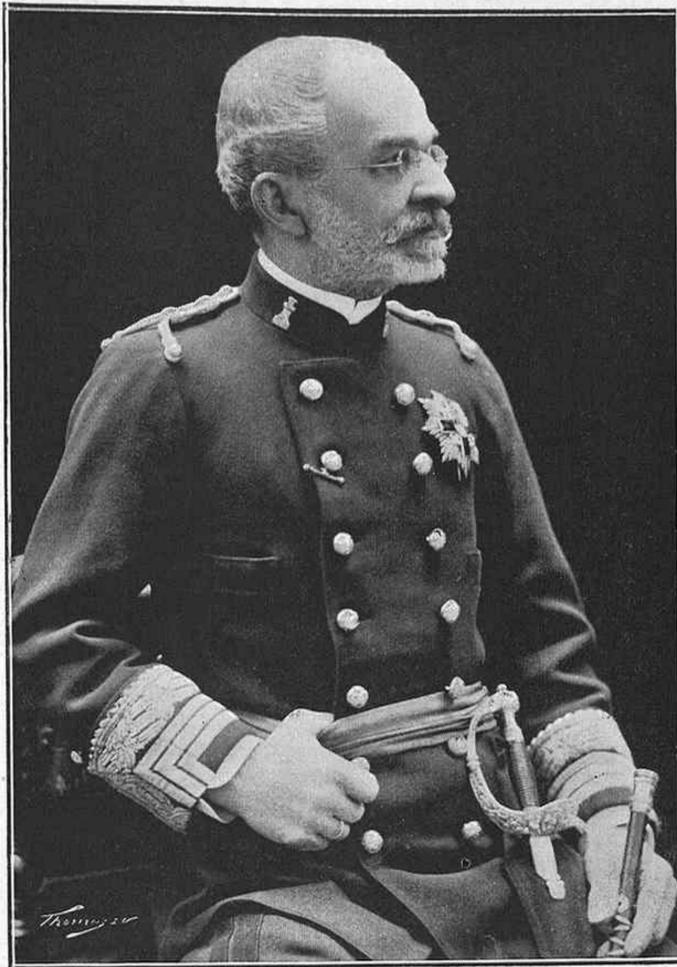
La vida le faltó, y cayó de bruces sobre la mesa.

Estaba muerto; mas al desplomarse cayó su mano enclavijada con el postrimer esfuerzo de la agonía sobre el último dinar, quedando allí tesa, rígida, espantosa, marcando el último pensamiento que había iluminado la mente del avaro.

ENRIQUE CORRALES Y SÁNCHEZ

NUESTROS GRABADOS

Ensueño, escultura de Alfredo Boucher (Exposición general de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona, 1896). - Además de la escultura, *A la tierra*, de la que nos ocupamos en el número 753 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y que ha sido premiada con la medalla de honor, el ilustre escultor francés Alfredo Boucher presentó en nuestro último certamen artístico la que hoy reproducimos. El contraste entre ambas no puede ser más sorprendente: la una es todo vigor,

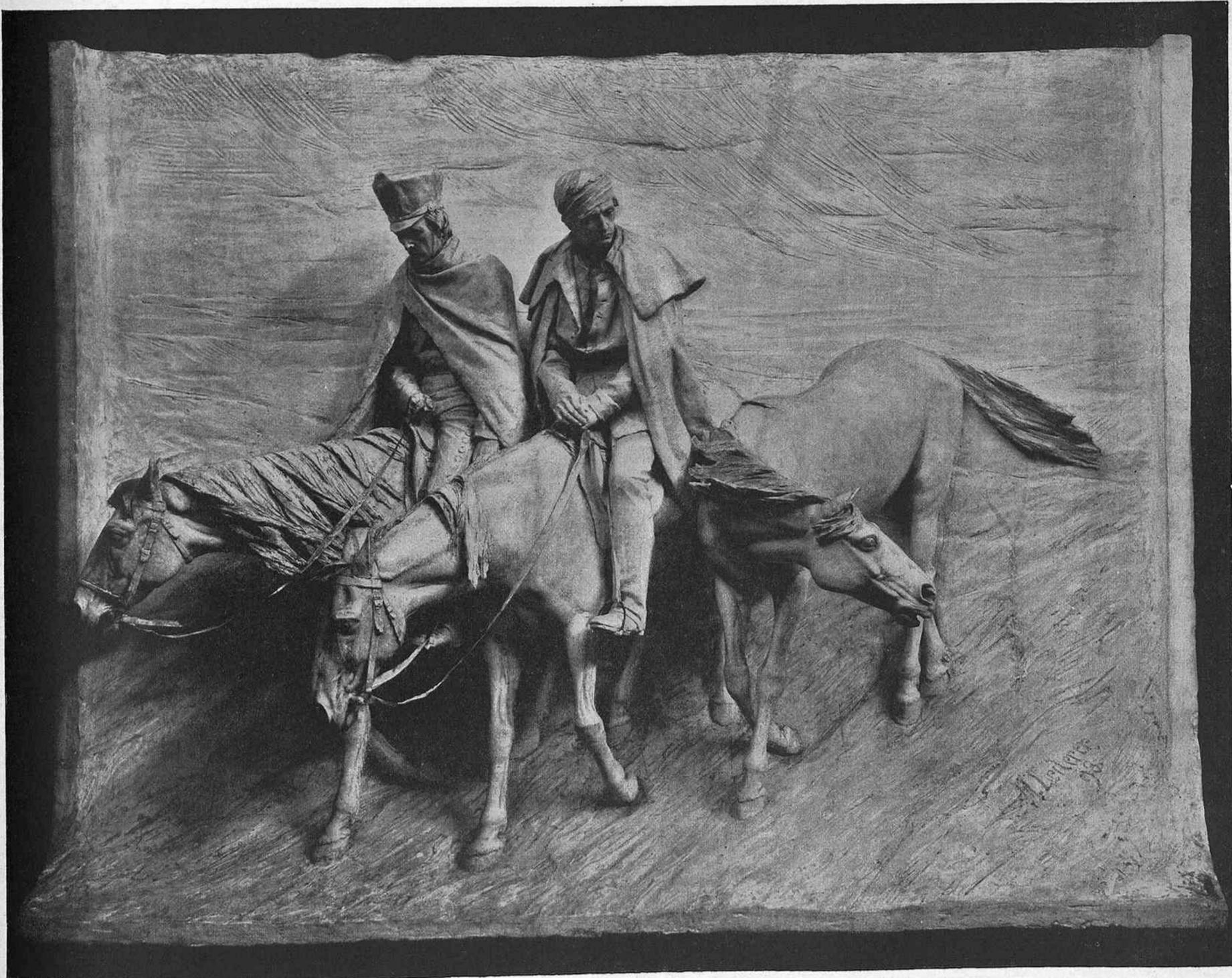


El general de división D. RAFAEL CERRERO, subinspector de defensas del reino (de fotografía de Napoleón)

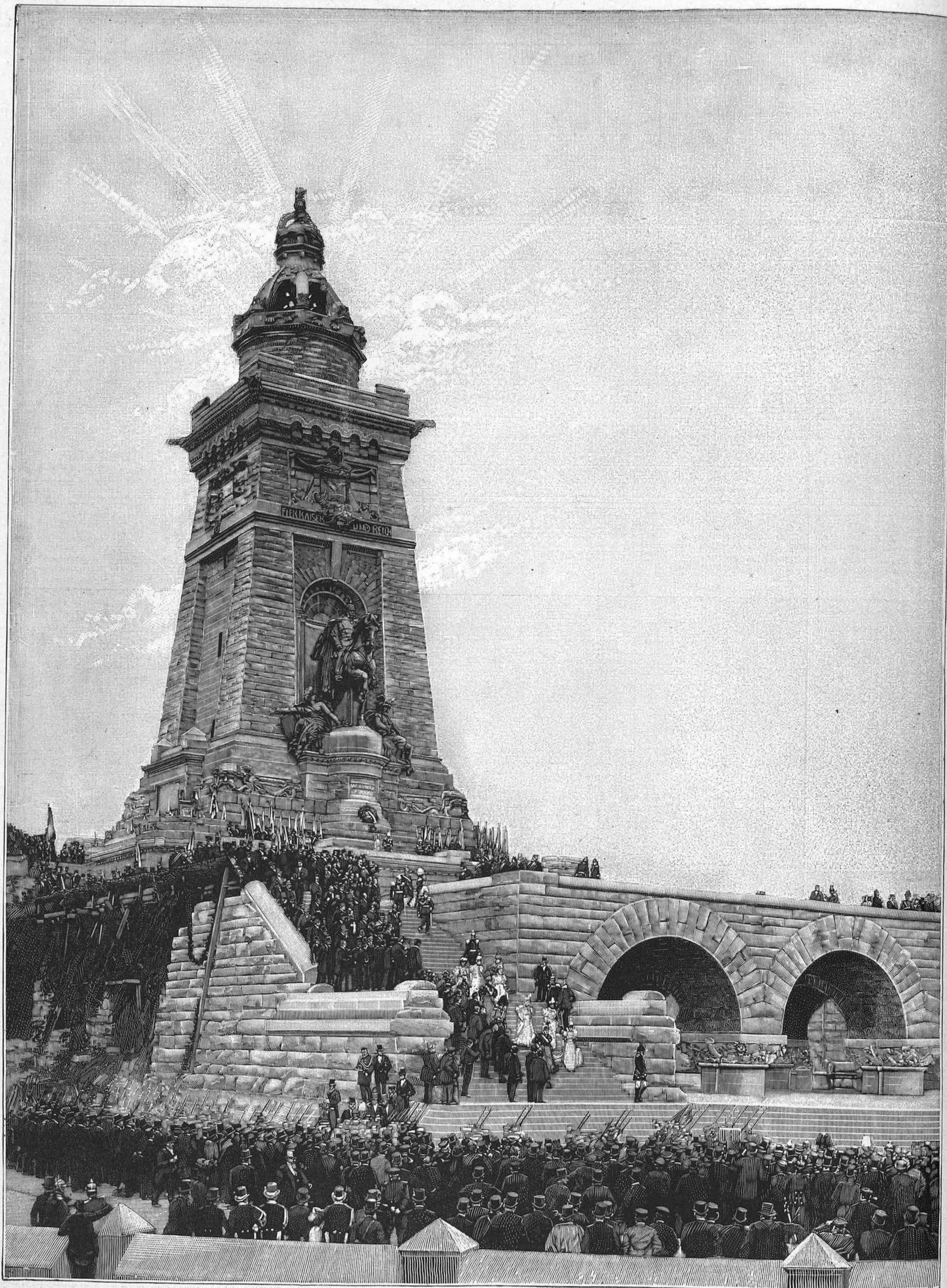
la otra todo gracia; en aquélla se revela el artista enamorado de lo real, en ésta el poeta que deja volar su pensamiento á las esferas ideales; la primera asombra por su grandiosa sobriedad, la segunda encanta por su gracia exquisita, y las dos demuestran, cada una en su género, que su autor es maestro en el arte escultórico, lo mismo cuando acomete obras de gran empuje que cuando produce esas otras de menos alientos, si se quiere, pero en las cuales sobresalen también rasgos de inspiración y de modelado, no menos dignos de alabanza.

Predicar en desierto, cuadro de Joaquín Agrasot (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona, 1896). - El distinguido pintor valenciano autor de este bellissimo lienzo, dedícase casi exclusivamente al estudio y á la reproducción de tipos y costumbres de su tierra, según hemos hecho observar en distintas ocasiones en estas mismas páginas: gracias á ello ha logrado dominar los asuntos que en aquella región pueden servir de tema á un artista, que no son pocos ni de poca belleza por cierto, y merced á su talento de observación y á sus relevantes cualidades técnicas ha conseguido además imprimir en sus obras un sello de originalidad que sin esfuerzo permite adivinar la procedencia de las mismas. El lienzo *Predicar en desierto* mereció justos elogios de cuantos lo vieron en nuestro último certamen de Bellas Artes.

Deberes humanos, cuadro de Juan Vila (Exposición de Bellas Artes é Industrias Artísticas de Barcelona, 1896). - El autor de este cuadro se manifiesta en él modernista, dentro del buen sentido de la palabra; es decir, copia la vida real, pero sin incurrir en exageraciones; escoge como asunto de su composición una escena campestre que ha podido ver con sus propios ojos; pero ni desdeña la corrección en el dibujo, ni busca esos efectos de color falsos que las más de las veces sólo sirven para engañar al espectador distraiendo su atención de los puntos vulnerables de la pintura. El Sr. Vila ha tratado además un tema eminentemente humano: el payés que abre el surco en la tierra para arrancar de él lo que ha de servir para su sustento, cumple la ley fatal que sobre todos pesa de ganar el pan con el sudor del rostro, y la mujer que con los dos niños espera á que termine su tarea para comer en grata compañía, es el símbolo de los tranquilos goces familiares, que constituyen la mejor recompensa del trabajo y el descanso más apacible de las fatigas de una labor dura.



Después de la batalla, relieve de M. Lederer



MONUMENTO ERIGIDO EN EL MONTE KYFFHAUSER (TURINGIA) Á LA MEMORIA DEL EMPERADOR GUILLERMO I
Obra del arquitecto Bruno Schmitz y de los escultores Nicolás Geiger y Emilio Hundrieser
Acto de la inauguración (de una fotografía instantánea)



¡SOCORRO, SOCORRO!, cuadro de J. Garate y Clavero (Exposición Internacional de Berlín. 1896)

El duque de Orleans y su prometida la archiduquesa María Dorotea. - El día 15 de julio último se desposaron en el castillo de Alcsuth, cerca de Budapest, el duque Felipe de Orleans y la archiduquesa María Dorotea de Austria. El novio cuenta 27 años, es hijo del conde de París y pretendiente a la corona de Francia; la novia, que nació en 1867, es hija del gran duque José, comandante en jefe de la milicia



El duque FELIPE DE ORLEANS

territorial húngara, y de la princesa Clotilde de Sajonia, Coburgo y Gotha, y sobrina del gran duque José, palatino de Hungría. La noticia de estos desposorios ha producido gran contento en Budapest, en donde la desposada goza de generales simpatías. La archiduquesa María Dorotea es bellísima, y en su rostro revélanse, además, una bondad y una inteligencia grandes: la muerte de su hermano Ladislao, ocurrida el año pasado á consecuencia de un accidente de caza, la impresionó tanto que desde entonces ha vivido completamente retirada y aun se dijo que pensaba entrar en el claustro. Mariska, como la llaman generalmente en Hungría, habla casi todos los idiomas europeos, es muy entendida en literatura, pintura y música: pintora y compositora de no comunes dotes, expuso hace algunos años un retrato suyo y un álbum de vistas de Alcsuth, que hoy figuran en la colección artística de Mauricio Jokai, y ha publicado varias canciones y romanzas que se han hecho populares. En Alcsuth y en sus alrededores, todos la quieren por el mucho bien que á los pobres dispensa. El duque de Or-



La archiduquesa MARÍA DOROTEA DE AUSTRIA prometida del duque de Orleans

leans, que conquistó gran popularidad en Francia cuando quebrantó el destierro impuesto á su familia para cumplir los que él estimaba sus deberes militares, es un joven de arrogante presencia y de no escaso talento: desde la muerte de su padre está al frente del partido monárquico francés, y acaricia, con todo el entusiasmo de la juventud, la esperanza de hacer revivir en Francia los días gloriosos de la antigua realeza. La boda de estos príncipes se verificará probablemente en el próximo mes de octubre en Budapest.

El general de división D. Rafael Cerero. - Encargado de la importante misión de formar un plan de defensa de nuestra península é islas adyacentes, el general de división D. Rafael Cerero está actualmente recorriendo las principales plazas del reino con objeto de proceder sobre el terreno al examen de los puntos más á propósito para el establecimiento de las debidas fortificaciones y trazar los proyectos parciales que remite directamente al ministerio de la Guerra. La sola enunciación de estos trabajos demuestra la importancia del cargo que ha sido confiado al general Cerero, cuya brillante historia militar le coloca en uno de los primeros puestos dentro del arma de Ingenieros de donde procede.

Después de la batalla, relieve de M. Lederer. - Poco esfuerzo se necesita para adivinar que el combate ha sido desfavorable para el ejército de que formaban parte estos jinetes: en su actitud, en sus semblantes se advierte el desaliento de la derrota, y hasta los mismos caballos parecen sentir el peso de la desgracia. De los tres brutos, uno marcha solo y parece buscar al que montado sobre él pocas horas antes le lanzaba en frenética carrera contra las filas enemigas en donde encontró la muerte. Un velo de tristeza cubre todo el relieve comunicándose al ánimo del que lo contempla. La obra del joven escultor berlinés es además un modelo de ejecución:

Lederer ha sabido vencer con habilidad suma las grandes dificultades que en este género escultórico ofrecen el escorzo y la perspectiva, modelando unas figuras en las que cada término aparece indicado en su verdadero valor y trazando un fondo que produce la ilusión completa de una inmensa llanura que va á perderse en el horizonte.

Monumento erigido en honor de Guillermo I en el monte Kyffhauser. - El monte Kyffhauser, en donde se ha erigido este monumento que las asociaciones militares alemanas han dedicado al primer soberano del nuevo Imperio, está situado en el corazón de Alemania en una región poblada de recuerdos históricos del Imperio antiguo. La grandiosidad y la poesía que en aquel sitio tiene la naturaleza eran un escollo en donde fácilmente podía estrellarse una obra ejecutada por la mano del hombre; pero el autor del monumento que nos ocupa ha sabido vencerlo, logrando que por su majestad, por su sencillez, por su sobriedad verdaderamente clásica aparezca grande aun en medio de la grandiosidad del paraje para su erección escogido. En el sitio en que en otro tiempo se alzaba el antiguo castillo de los emperadores alemanes, del cual sólo se conservan algunos restos, entre ellos la llamada torre de Barbarroja, extiéndose una gran terraza desde la cual dos majestuosas escalinatas conducen á una segunda terraza y de ésta á una tercera, que es la que sirve de base al monumento y en cuyos cuatro ángulos se ven otras tantas torrecillas. De ella arranca la torre central, que mide 57 metros de alto y ocupa un espacio de 20 metros en cuadro y que termina en un baldaquino sobremontado por la corona imperial: en la cara anterior de esta torre se ve la estatua ecuestre del emperador Guillermo, de nueve metros de altura, y sentadas á ambos lados del pedestal dos figuras que simbolizan el vigor alemán y la historia de Alemania, representadas la primera por un guerrero germano y la segunda por una matrona que clava su mirada en el emperador y le ofrece la corona de la victoria. En la cara opuesta del monumento hay la estatua sedente de Federico Barbarroja. El monumento es obra del famoso arquitecto Bruno Schmitz y las esculturas son de Hundrieser, la de Guillermo I, y de Geiger la otra. Al acto de la inauguración asistieron el emperador y la mayoría de los príncipes alemanes, resultando aquella un acto solemnisimo por la presencia de los muchos elevados personajes y de las innumerables comisiones, asociaciones militares y representaciones del ejército que á ella concurrieron. El coste total del monumento ha sido de 1.300.000 marcos (1.625.000 pesetas).

¡Socorro, socorro!, cuadro de J. Garate y Clavero (Exposición Internacional de Bellas Artes de Berlín. 1896). - El pintor español Sr. Garate, que forma parte de la colonia artística de nuestros compatriotas residentes en Italia, se ha asimilado de tal suerte los procedimientos de los maestros de aquel país y de tal manera se ha identificado con las escenas de aquella tierra, que muchos de sus cuadros podrían creerse obra de alguno de los buenos pintores italianos contemporáneos. Véase, como muestra de ello, el que en este número reproducimos, ese episodio altamente dramático que el autor supone acaecido ó que quizás tuvo ocasión de presenciar en la ciudad de las lagunas. Por su asunto, por su factura misma más parece pertenecer á la escuela italiana que á la española. Y no decimos esto en son de censura; al contrario, estimamos esta circunstancia como elocuente prueba del talento del Sr. Garate, ya que al proceder de esta suerte sigue el ejemplo de muchos de los grandes pintores españoles contemporáneos que en Italia residen, y demuestra su seriedad artística trasladando al lienzo sólo aquello que por la propia observación le ha sido dado estudiar. En cuanto á las cualidades del cuadro que nos ocupa, su composición, su dibujo y la expresión de las figuras, son dignas de los mayores elogios y merecieron ser alabadas por la crítica berlinesa.

Eugenio Spuller. - Nacido en Seurre (Côte-d'Or) en 1835, comenzó á ejercer la abogacía en París en 1862; unido desde entonces íntimamente á Gambetta, fué periodista y político militante y en octubre de 1870 acompañó á aquél en su expedición en globo, para organizar la defensa nacional en provincias. En 1871 fué nombrado redactor en jefe en *La République Française*, en 1876 elegido diputado por París, en 1881 subsecretario de Negocios Extranjeros en el ministerio Gambetta, en 1887 ministro de Instrucción Pública en el gabinete Rouvier, en 1889 de Negocios Extranjeros con Tirard, y en 1893 otra vez de Instrucción Pública con Casimiro Perier. Caido éste, M. Spuller, muy delicado de salud, se retiró casi por completo de las luchas políticas. Los cargos importantes que desempeñó y la amistad con que le distinguía y consideración que le dispensaba Gambetta, demuestran lo que valía como hombre de Estado; de sus méritos como escritor son buena prueba las muchas obras que deja escritas, y entre las cuales son dignas de especial mención *Michelet, su vida y sus obras*, *La Compañía de Jesús ante la historia* y *Figuras desaparecidas*. Eugenio Spuller falleció en 23 de julio último en Sombornón, cerca de Dijón.

Doctor Leandro N. Alem, jefe del partido radical de la República Argentina. - Sin duda el extravío mental puso en manos del Dr. Alem el arma suicida. Nacido en Buenos Aires en 1844, se distinguió desde joven por la fogosidad de su carácter. Abogado y periodista, había nacido para la lucha y en luchar se afanó de continuo, primero en el periodismo, más tarde en los campos de batalla (guerra del Paraguay), después en la tribuna, y por fin en las calles como revolucionario, contribuyendo á derribar del poder al presidente Juárez Celmán. Alem fué el jefe del partido popular, y pobre ha muerto. Agobiado por el peso de desengaños y de dolencias físicas, el hombre que tuvo valor para arrostrar situaciones políticas difíciles, no lo tuvo para luchar con el destino, que parecía indicarle que era preciso retirarse á la vida privada. Su suicidio, ocurrido dentro de un coche de alquiler el día 1.º de julio, conmovió á la república entera, ya que en la Argentina amigos y enemigos admiraban el tesón con que defendía sus ideales. Su entiero revistió los caracteres de un acontecimiento, en consonancia con el duelo que causara su inesperada muerte. Paz en su tumba.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. - LONDRES. - En la casa Christie se ha verificado una subasta por cuyos resultados puede comprenderse lo que aun en materia de bellas artes influye la moda. Vendiéronse por una suma total de 334.050 pesetas 126 cuadros,

habiendo sido adjudicados por 1.685, 485, 500, 4.150, 780, 2.810, 800, 1.550, 1.120, 20.325, 8.100, y 2.535 pesetas obras de Ansell, Calderón, Callzot, Dobson, Egg, Trieth, Landseer, Linnell y Phillip, por los que hace apenas veinticinco años se pagaron 11.935, 6.885, 3.825, 15.535, 10.335, 16.585, 5.210, 13.250, 17.250, 42.810, 28.080 y 15.970 pesetas respectivamente.

LEIPZIG. - La casa Grimme y Hempel ha abierto un concurso de carteles anunciadores artísticos entre los artistas alemanes: estos carteles pueden referirse á todas las cosas anunciadas y especialmente á comestibles, bebidas, cigarros, conservas, velocípedos, guantes, específicos, medicamentos, hilos, máquinas de coser, perfumería y pianos. Los trabajos pueden ser ejecutados por cualquier procedimiento pictórico con tal de que puedan reproducirse directamente por medio de la litografía. La casa ofrece un premio de 1.500 marcos (1.875 pesetas), otro de 1.000, otro de 750, tres de 500, cinco de 300 y diez de 200.

Teatros. - La comedia francesa *L'hotel du Libre-Echange*, de Feydeau, ha sido traducida al alemán y puesta en escena con gran éxito en el teatro de la Comedia de Francfort.



EUGENIO SPULLER, recientemente fallecido

Necrología. - Han fallecido: José Prestwich, notable geólogo inglés, ex profesor de la Universidad de Oxford.

Pablo Federico Barfod, escritor é historiador dinamarqués, uno de los más entusiastas propagandistas de la idea de la unidad septentrional.

Augusto Jernberg, pintor de la corte de Suecia. Enrique Ernesto Beyrich, profesor de Geología y Paleontología de la Universidad de Berlín, director del Museo de Historia Natural de aquella ciudad y miembro de la Real Academia de Ciencias.

Erdmann Encke, notable escultor alemán. Luis Sigefrido Meinardus, célebre compositor alemán. Alejandro Stichart, pintor de historia alemán.

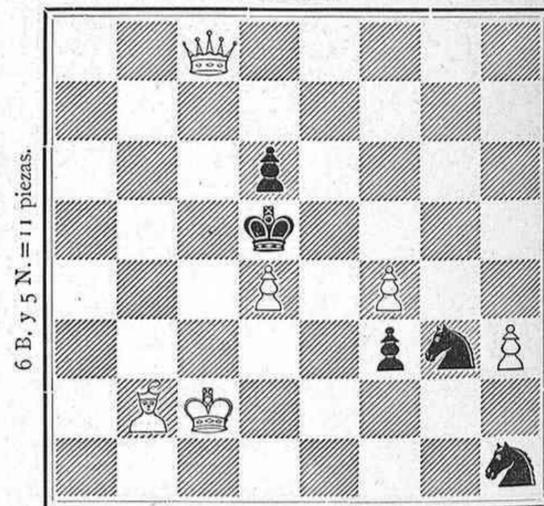
El cardenal francés José Cristiano Ernesto Bourret, obispo de Rodez.

Eugenio Klimsch, notable pintor alemán. Carlos Dickens, hijo del célebre novelista inglés, colaborador y continuador, después de la muerte de su padre, de la revista *All the year round*.

Enrique Brest, el descubridor de la famosa estatua conocida con el nombre de la Venus de Milo.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 32, POR JUAN CARBÓ Y BATLLE NEGRAS



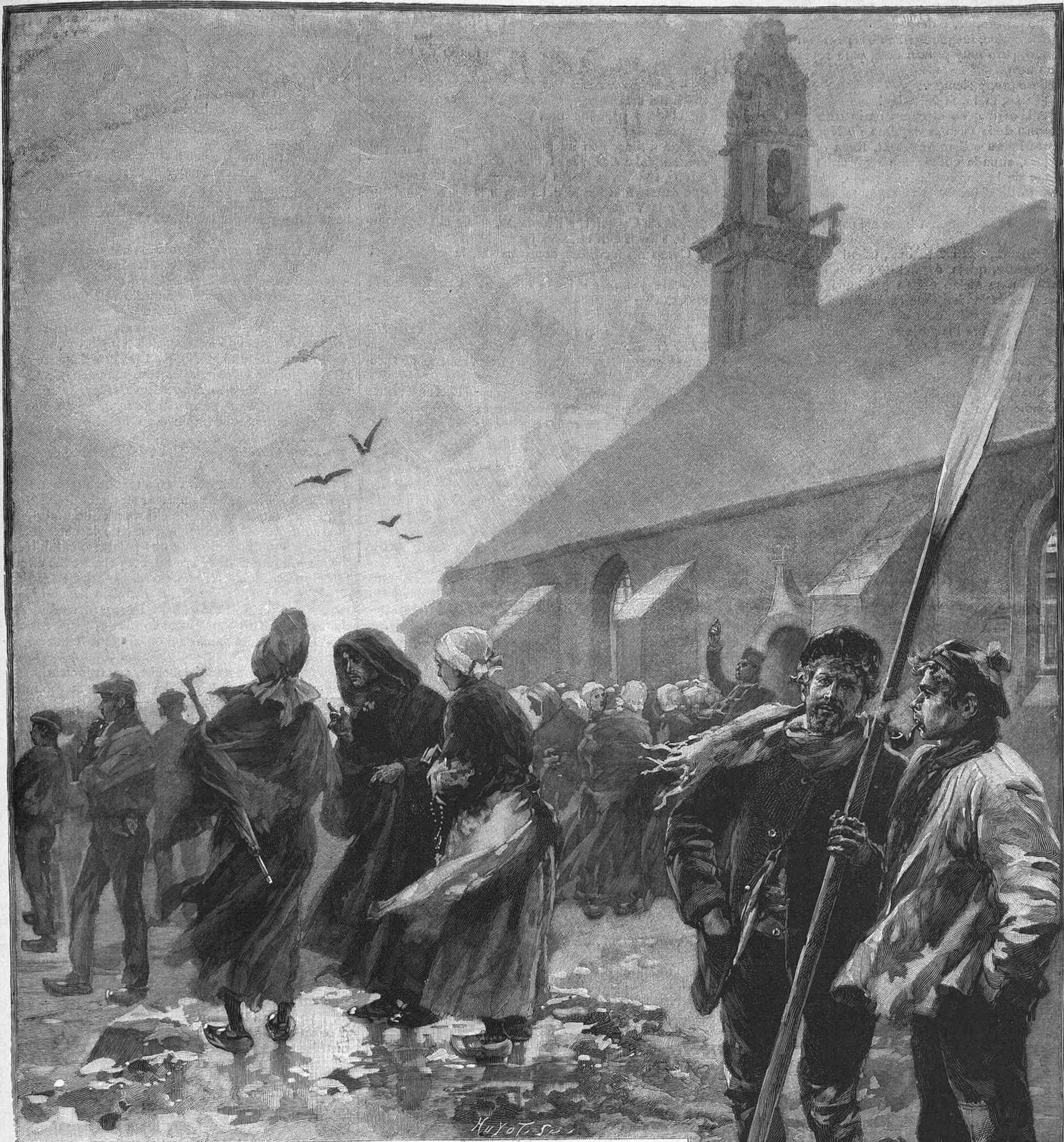
BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 31, POR J. TOLOSA

- | | |
|------------------|--------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. C toma P | 1. R 4 D (*) |
| 2. C 6 A D jaque | 2. R juega. |
| 3. C 6 P mate. | |

(*) Si 1. P toma C; 2. D 6 C R jaque, y 3. P R mate, - y si 1. A toma P ú otra jugada; 2. P toma P jaque, y 3. A 4 A D mate.



- Este tiempo de brumas es bien desagradable, dijo la viuda Pennegúés

UN APÓSTOL

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO TOUDOUZE. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

«Lleno de fe en la Virgen y en la dama blanca, devoto del altar tanto cuanto de la misteriosa piedra que se alza en medio de la landa.»

VICTOR HUGO (*Noventa y tres*)

PRIMERA PARTE

I

¡Talán, talán, talán!
Nada en la tierra, nada en el cielo ni en el mar: por doquiera la misma obscuridad extraña, impenetrable.

Todo duerme bajo la bruma que el viento no puede disipar y que, fluida, penetrante, se desliza insensiblemente, siempre tan densa, siempre tan opaca, llegando sin cesar del Oeste insondable y misterioso. Es un sudario sin fin, inpalpable, continuo, cuyo húmedo roce pasa sobre todo, lo sepulta todo en su

sinistra igualdad, con una caricia sobrenatural que estremece, con un contacto perturbador de fantasma que comunica la sensación del vacío. En el aire, suave como trama de algodón, en aquel mar pálido que produce angustia, en aquel movible y flotante Océano blanquizado, percíbese por momen-



tos, con intervalos espaciados y sacudidas regulares, un rumor que se eleva, redobla, difunde un sonido como de bronce, y después baja de punto, se pierde y extingue; luego resuena de repente un tañido profundo, pero muy pronto cesa, para repetirse y morir de nuevo.

Siempre, y siempre:

¡Talán, talán, talán, talán!

Allá arriba, en el campanario truncado, aguja de granito de la curiosa capillita de Nuestra Señora de Roz-Madou ó Roc-Amadour, Roca en medio de las Aguas, situada como para resguardar la parte Nordeste de la península de Crozon, entre el modesto puerto de Camaret y la inmensa ola espumosa del Atlántico, allá, y como cayendo del cielo, el férreo badajo de la campana lanza así esta ruidosa llamada matinal:

¡Talán..., talán..., talán..., talán!

Oración, queja, ó señal de apuro, siempre emite la misma nota melancólica y profunda, cuyas ondas sonoras se extienden, como gemidos, alrededor del monumento sagrado, cual bandada de aves marinas cerniéndose sobre los guijarros, sobre las piedras enormes de la escalera y sobre la fina arena de la playa de Correjou. Chocando contra la lisa redondez del faro y los ángulos salientes del fortín construído por Vauban, traspasan la barra espumosa que barre furiosamente la orilla, y llegan hasta más allá de las tumultuosas olas, en medio de los gritos de las gaviotas, llevando por los aires á lo lejos su santo llamamiento.

Infatigable, ardiente en su misión de salvamento de las almas y de los cuerpos, tañe, y tañe siempre, cogida muy pronto, absorbida y sepultada en la densa bruma blanquizca que rodea en aquella mañana del mes de marzo el límite extremo del antiguo continente, esa punta siempre brumosa del fin de la Armórica.

En el interior desnudo y frío de la vetusta capilla gótica, de paredes blanqueadas con cal, de baldosas de piedra ennegrecidas, de macizos pilares octágonos, verdosos en sus bases cuadradas por efecto de la humedad del mar, y de ojivas agudas que separan la nave de la parte baja, notándose en particular dos arcos romanos que interrumpen la uniformidad de aquéllas, la niebla, filtrándose por las rendijas de las puertas y por algunos cristales rotos de las ventanas, teje una gasa de color lechoso que suaviza el contorno de los objetos, y en medio de la cual se agitan confusas formas diseminadas.

— ¡*Dominus vobiscum!*

Desde el fondo del coro, partiendo de las gradas del altar, elevado bajo una extraña viga de ocho lados, en cuyas extremidades clavan sus blancos dientes unas fauces de monstruo, las palabras latinas resuenan, pronunciadas por una voz robusta, á la que un órgano, más dulce, más moderado y como en parte contenido por el respeto contesta:

— ¡*Et cum spiritu tuo!*

Ayudado de su vicario y de un monaguillo, el sacerdote dice su misa; mientras que, siempre con golpes regulares, en el campanario descubierto y bajo la bóveda azul de la nave resuena la continua lamentación de la campana.

Cuando el sacerdote se vuelve para bendecir á la concurrencia, con las manos extendidas y los brazos ligeramente levantados, distingúense con más claridad su elevada estatura y sus robustas formas, que se marcan bien bajo las insignias sacerdotales: hombros fornidos, cuello corto, que sirve de base á una cabeza enérgica, con cabello negro y brillante en el que apenas se ve alguna cana, aunque el sacerdote cuenta más de cincuenta años; cara colorada, llena de vida, con la curva de la nariz muy saliente, ojos vivos, sombreados por espesas cejas, mandíbulas grandes y labios sanos, un poco gruesos, que revelan bondad.

Aunque reprimidos y bien mesurados por la grave ceremonia del culto, sus menores movimientos denotan el vigor corporal, así como la expresión de ruda franqueza de sus ojos negros, las líneas bien marcadas de su frente, verdadera frente de bretón, y el corte cuadrado de su barba, indican claramente el espíritu belicoso y la fuerza de voluntad que raya en obstinación.

Aquel sacerdote es el padre Pedro Kerbiriou, cura de Camaret.

Flaco, hundidos los ojos en un rostro demacrado y enfermizo, con el cabello amarillento y aplanado, los ojos sin color, la complexión pálida y ademanos que revelan fatiga ó dejadez, el joven vicario, Santiago Louarn, ofrecía el más completo contraste con su jefe. Su largo cuerpo oscilante y su pecho anguloso parecían más flacos aún y más descarnados bajo la estrecha sotana negra, muy ceñida sobre los raquícos miembros.

A medida que la misa seguía adelante, el vicario daba sus respuestas cada vez en voz más baja, como si la persistente humedad que se filtraba por las paredes paralizase su sangre y la niebla que iba en aumento le hubiese helado hasta el fondo de los pulmones.

— Nuestro vicario parece sufrir más que de costumbre á esta hora, dijo una mujer con manto negro de viuda y papalina blanca, inclinándose hacia su vecina.

Esta última, con un gran rosario entre los dedos, contemplaba á la vez el altar, con sus altos candelabros, sus vasos llenos de flores, y las tres estatuas que ornaban el fondo del coro, á la izquierda Santa Ana y la Virgen, á la derecha Santo Tomás, antiguo patrón de Camaret, y triunfante, sobre el tabernáculo, la Virgen con el Niño Jesús.

Como no recibiese contestación, la mujer prosiguió:

— Me parece á mí que no tiene el pecho que se necesita en nuestros países. ¿No es verdad, tía Rosalía?

Interrumpida en sus reflexiones la patrona del *Hotel de la Marina*, la robusta y vivaz decana de Camaret, se encogió de hombros, con una sonrisa de aprobación.

— ¡Oh, Dios mío!, contestó, es verdad, Luisa; estas malas brumas no son convenientes para él; pero, ¡qué quiere usted!, es un sacrificio más que ofrece al Señor. Todo el mundo no puede tener la salud y robustez del señor rector.

— Sin embargo, ambos son bretones.

— Sí, el uno de la ciudad y el otro del campo.

Las dos mujeres fueron interrumpidas por una frase que al parecer se les dirigía:

— ¡Ah diablo, no cabe duda que nuestro rector es hombre de peso, y famoso marinero además! Cuando es preciso no le arredra un golpe de mano para ayudar á su prójimo, así como tampoco retrocede ante una buena pipa. ¡Ah, ah! ¡Bien podemos decir que es todo un hombre, un verdadero bretón de mar! ¡No le haría toser á él un poco de bruma, y hasta se le oiría en una tempestad! ¡Vean ustedes... ú oigan más bien cómo nos dice eso!.

Con voz ahogada en el hueco de la mano, Juan María Balanec, antiguo marino, patrón de varias grandes barcas y el más rico pescadero de Camaret, era quien dirigía estas palabras á las dos mujeres. Y sacudiendo sus cabellos blancos, que formaban rizos detrás de las orejas, mostraba su faz de color de cobre rojizo uniformemente obscuro, en la cual brillaban sus ojos claros, azules como el agua del Océano, y una sonrisa de satisfacción entreabría sus labios. Al mismo tiempo, el sacerdote Pedro Kerbiriou, volviéndose otra vez hacia ellos, antes de leer el Evangelio de San Juan, lanzaba á plenos pulmones la bendición final:

— *Benedicat vos omnipotens Deus, Pater, et Filius, et Spiritus Sanctus.*

Dominando por un instante todos los demás ruidos, el embate furioso del mar y el tañido de la campana de bronce, estas palabras fueron como un fragor sonoro, que extendiéndose con vibrante progresión sobre las cabezas, llenaba majestuosamente toda la capilla hasta en sus menores anfractuositades, y las pesadas sílabas solemnes repercutieron por las paredes y por la bóveda.

— ¡Anda, anda!, continuó el pescador, maravillado y enorgullecido. ¡Vaya un mozo! ¡Os repito que ese es un hombre, uno de los antiguos del país, de los que ya no se ven, bien podemos decirlo así!.

— Sí, replicó la primera de las dos mujeres, y ni siquiera se ha oído el *Amén* del vicario.

La misa terminaba.

Mientras el cura, ayudado por el vicario y el monaguillo, muchacho huérfano á quien apellidaban Plougastel, iba á depositar los vasos sagrados y los ornamentos del culto en la sacristía, situada á la izquierda del coro, los pocos asistentes á aquella misa matinal de las seis reuníanse ante la puerta ojival, que da frente á las casas de Camaret, para hablar un momento, esperando la salida de Pedro Kerbiriou y de Santiago Louarn.

No eran más que cuatro: tres mujeres, la señora Rosalía Dorso; Luisa Pennegués, la mercera, que el año anterior había perdido su esposo Juan Pedro Pennegués, muerto á los pocos días de haberse declarado la epidemia de la viruela que tantos estragos hizo en Finisterre, y Reina Balanec, hija mayor del pescadero, que acompañaba á su padre, único hombre que había en aquel grupo.

Como la niebla era cada vez más densa, de un color blanco tan impenetrable que no se hubieran podido distinguir los objetos á dos metros de distancia, el pertiguero, que desempeñaba al mismo tiempo las funciones de chantre en las misas mayores, continua-

ba suspendido de la cuerda cerca de la puerta principal, tocando aquella campana de Nuestra Señora de Roc-Amadour, cuyo tañido debía indicar en tiempo de niebla la posición del puerto, como tranquilo refugio, á las barcas y á los buques extraviados entre la ensenada de Bertheaume, la Punta del Gran Gouin y la entrada del Boquete de Brest. El tal sujeto, llamado Tonton Goasduff, era hombre ya viejo, de aspecto frailuno, con la barba completamente afeitada, excepto algunos pelos grises y enredados que le formaban como un collar.

— Este tiempo de brumas es bien desagradable, dijo la viuda Pennegués; por él se pierden los barcos más seguramente que con los peores golpes de viento... ¡Oh, sí! Mirad, ni siquiera se ve el fortín, que se halla á dos pasos, ni las casas, ni los barcos, ni nada. ¡Jesús!

Y la viuda Pennegués unió las manos, atemorizada ante aquel sudario que caía alrededor de ellos como amenaza de muerte, y cuyo efecto era más imponente aún al salir del tranquilo refugio de la capilla.

El pescadero, que había vuelto á tomar su aspecto grave, se encogió de hombros.

— Es una desdicha, dijo, para los que navegan con tal tiempo por estos parajes; ese mar se *infla hasta reventar, en tan poco tiempo como el que se necesita para engullir una cucharada de sopa*, según decían nuestros antepasados, que eran hombres de buen juicio...

— ¡Que Dios los proteja!, exclamó Luisa, dejando escapar un suspiro.

— Tengamos confianza en su soberana bondad. ¡Para eso acabamos de implorar su auxilio!

El cura estaba detrás de ellos, en el umbral de la puerta, dispuesto á salir; y á pesar de la entonación firme de aquellas consoladoras palabras, él también dirigía miradas tristes é impacientes al estrecho círculo en que la niebla les encerraba.

— ¿Espera usted que el Sr. Dionisio llegue próximamente?, preguntó la señora Dorso, penetrando al punto con su maternal intuición en el pensamiento secreto que hacía hablar así en aquel instante al padre Kerbiriou.

El sacerdote inclinó la cabeza, y frunciendo sus gruesos labios con expresión de descontento murmuró:

— Seguramente á estas horas mi sobrino debe hallarse á través del Raz, en pleno peligro de mar. ¡Dios quiera que no esté en la marea del Raz, que arrastra á los escollos de la Vieja!

Luisa Pennegués añadió, á manera de explicación:

— Es el sitio donde se decía al hablar de un barco:

Si no obedece al timón,
obedecerá á la roca.

Y repitió en lengua bretona la amenazadora predicción:

Nep se sent ket ouc'h ar stur
ouc'h ar garrec a ra sur.

— ¡Jesús María!

Balanec sonrió al oír á su hija lanzar esta exclamación ahogada, y dijo con aire sereno:

— Aunque joven, buen marino es Dionisio Le Marec; en sus manos todo barco puede estar tranquilo, y yo iría en el suyo con los ojos cerrados. Atendido su buen criterio, seguro es que no habrá ido á meterse entre la Vieja y el Raz, en el estrecho paso que tan sólo sirve para las barcas y las cáscaras de nuez; y en cuanto al gran canal entre la Vieja y la isla de Séu, en pleno Raz, esté usted tranquilo, pues no se dejará coger por el reflujo, que impele al Sud sobre la Cabeza del Gato, ni por el oleaje que le arrastraría al Norte contra los Barriletes... ¡Hé ahí un hombre que le ha tomado gusto al oficio! ¡Y es todo un buen muchacho, fuerte y vigoroso!.. ¡Ah, el señor rector puede enorgullecerse de él, porque honra al país! Un mozo de esa especie es de oro... Semejante hijo... ¡Ah, ah! Bien sé yo por mi parte que... en fin... ¡ah, ah!..

Sin terminar la frase, el pescadero se restregaba vigorosamente las manos, observando con atención al cura, que permanecía pensativo, y á la joven, que aparentaba hablar al oído de la viuda Pennegués, aunque sin perder ni una sola de las palabras de su padre.

Reina Balanec era de rostro verdaderamente agraciado; era una muchacha fresca y vigorosa, que apenas había cumplido veintidós años, de cara redonda y llena, mejillas tersas, labios en flor, ojos puros del mismo color azul que los de su padre, cejas castañas bien dibujadas, y esa curva casi delicada de la hija de la ciudad. La nariz recta y fina, la frente blanca y el cabello alisado bajo la graciosa toca bordada y muy blanca comunicábanle cierto carácter de distin-

ción que la elevaba sobre las hijas de los pescadores y de las aldeanas de pesadas formas que pueblan las fábricas. Su talle, más esbelto, tenía cierta elegancia, realzada por el delantal de seda tornasol y el chal de crespón, que formando tres ó cuatro pliegues, estaba sujeto en el cuello con un alfiler.

Por lo demás, su reputación de linda joven era incontestable en Camaret, y el padre se enorgullecía tanto de esto como de verla llevar el estandarte de la Santa Virgen en medio de sus compañeras en los días de procesión, cuando se celebraban la fiesta de la Asunción y la romería.

Interrumpido un instante en las lúgubres reflexiones que obscurecían su frente en la sombra de las alas del gran sombrero negro inclinado sobre sus ojos, Pedro Kerbiriou había levantado la cabeza, aguijoneado por las palabras de Balanec.

Contempló las facciones regulares y todavía un poco infantiles de Reina, que había conservado como un resto de la ingenua candidez de la niña bajo las líneas más pronunciadas de su rostro de muchacha, muy pronto mujer, y murmuró suspirando:

— ¡Buena y digna muchacha!.. ¡Sí, seguramente sería la tranquilidad asegurada..., la felicidad de un hogar..!

La idea de un porvenir risueño y dichoso iluminó algunos instantes sus ojos negros, haciendo desaparecer los pliegues de sus cejas, las arrugas acumuladas en la nariz, indicio de enojo, y el mohín obstinado de sus gruesos labios, que revelaban bondad y afecto.

Después elevó sus pesados hombros en un ademán de duda y esperanzas; pero muy pronto los dejó volver á su nivel normal, bajo una especie de estremecimiento, al oír que volvían á repetirse, más seguidas ahora que antes, las lamentaciones de la campana; mientras que el tejido movable de la niebla estrechaba su trama, rodeando á todos de una nube más densa, de una humedad más penetrante; y en tanto que el vicario, llevando el pañuelo á su boca, ahogaba con dificultad un brusco acceso de tos que le estremecía de pies á cabeza.

— ¡Diríase que son los golpes de la muerte!, murmuró la viuda, más vivamente impresionada que los otros por los tañidos de la campana.

Y recordando la estrofa de una antigua canción, cuyas sílabas armoricanas acosaban su mente, añadió:

«¡Tasliu ar maro'zo skoet!»

Impulsada también la tía Rosalía, repitió en francés:

¡Los golpes de la muerte han resonado!

Tal era la impresión fúnebre de todos en aquel momento, que no hallaron nada que contestar á estas palabras, lanzadas así como presagio de desgracia, y que pasaban sobre ellos como bandada de aves de tempestad.

Balanec murmuró con expresión de disgusto, sacudiendo el ligero estremecimiento que había recorrido su epidermis:

— ¡Pocas cosas se pueden decir á esta hora, señora Pennegués, cuando tanta buena gente se halla en el mar!

Reina, muy pálida, dirigía vagas miradas á su alrededor, como si hubiera temido ver alguna súbita y lúgubre aparición salir de aquella nube blanquecina que la acariciaba.

El cura fué quien primero se repuso, diciendo con su robusta voz:

— ¿No estamos todos, á todas horas y siempre, en la mano de Dios?.. ¡Los franceses, los bretones no deben temer más que al Señor!..

Y con la diestra levantada señalaba el cielo, con ese altivo ademán y en la arrogante actitud que debieron tener sus antecesores galos.

Todos hicieron un movimiento para agruparse en torno suyo, inspirándoles confianza su vigor, su elevada estatura, su santa autoridad y esa fuerza moral y física que debía preservarles de todo daño.

Con paso lento marcharon á su lado, avanzando poco á poco á lo largo de la angosta lengua de tierra que une la capilla, el faro, la escollera y el fortín de Vauban con la tierra firme, protegiendo y encerrando el puerto de Camaret, defendido además con un ancho y grueso muro bajo, compuesto de piedras enormes, contra los furiosos del mar.

Y Pedro Kerbiriou era, en efecto, así por el físico como por la parte moral, el pastor de aquel rebaño, al que dominaba por su estatura, por su ademán resuelto, por la firmeza de su paso y por su palabra energética, teniendo la persuasión de que debía desempeñar el apostolado en aquel país, donde aún flotaban acá y allá, en la bruma de las landas y alrededor de las piedras drúidicas, las últimas supersticiones.

Iba delante, ostentando su ancho pecho bajo la negra sotana, en uno de cuyos botones se anudaba una estrecha cinta roja, cinta ganada en los campos de batalla de la provincia durante el año terrible, cuando, joven aún, había acompañado como capellán á un batallón de la guardia móvil de Finisterre, no queriendo abandonar durante el peligro, en medio de los combates, á aquellos cuyo guía y sostén comenzaba á ser durante las épocas de reposo y de paz.

Habiendo hecho hasta el fin la dolorosa y ruda campaña, conservaba en el cerebro, en los ojos y en la sangre el entusiasmo de un ardiente amor á su país vencido, á la patria, y en todas las circunstancias complaciale comunicar esta pasión, ávido de propagar el contagio de la misma.

¡Francial Agradábale hablar de la nación á sus humildes feligreses y á los rudos pescadores bretones; y éstos le escuchaban con la mejor voluntad, porque aquel hombre era su compatriota, sencillo como ellos, como ellos rudo y modesto, y que al igual que el jefe del puerto Pedro Guivarc'h, condecorado por acciones de guerra, que el patrón del barco de salvamento Coarentin Carrec, y que Tonton Coarentin, que habían merecido el mismo honor por haber expuesto tan á menudo su vida en la salvación de naufragos, ostentaba en su pecho también la cruz conquistada heroica y desinteresadamente.

También él había salvado muchas frágiles existencias de hombres, cuando pudo arrancar de la muerte á un triste herido; y más á menudo, pobres almas humanas desfallecidas, deslizando sobre los labios de los infelices á quienes acompañaba los dolorosos y últimos suspiros recogidos en medio de la metralla, bajo las balas, y que se exhalaban de bocas lívidas, de labios contraídos por el sufrimiento, entre una invocación suprema á cualquier oscuro santo ó á una santa ignorada de Bretaña, y el llamamiento, la última despedida, siempre tan desgarradora, á la madre.

Ya entonces fué particularmente cuando aprendió á querer á los hombres, no sólo como hermanos, sino como niños, con cada uno de los cuales le unían los más tiernos y delicados vínculos del corazón.

He aquí por qué, aunque no perteneciese á ninguna familia de Camaret, era amado y respetado en el pequeño puerto como si hubiese nacido allí.

Sin embargo, si no era hijo de la localidad, pertenecía á la misma raza, á la misma tierra, á la misma península.

Hijo de un posadero de Crozon, su madre, mujer muy devota, habíale inducido desde la niñez á elegir la carrera eclesiástica; y menos por vocación particular que por tierna obediencia, había entrado en el seminario después de terminar sus estudios en el colegio de Lesneven. Allí acabó de afinarse, de instruirse, pero conservando siempre el físico de su origen campesino, los modales de su abuelo, valeroso marino y pescador de Morgat. Varias inclinaciones, tendencias y frases, rebeldes á toda cultura, á toda domesticidad, á toda disciplina escolar, revelaban en él la sangre del marino, y también la del hijo de aquella tierra, dura y pedregosa, de la península de Crozon, punta de pórvido entre las puntas de granito del Raz, de Séu y de San Matías de Finisterre.

El mismo Pedro era de aquel pórvido puro, de aquel pedernal que todo choque hace brillar y chispear, y mezclaba su verdadera benevolencia, su infatigable caridad, con expresiones duras y bruscas, como un golpe de maza asestado con fuerza.

Trataba á los pescadores como muchachos grandes y compañeros, y los reprendía y zarandeaba, cuidando siempre de observar que lo hacía por afecto á ellos. Su dicho favorito era: *Quien bien te quiera te hará llorar*. Les hablaba en lengua bretona cuando el francés no les persuadía; lisonjeábalos, no con frases floridas y dulces, sino con una especie de familiaridad ruda que les convenía mejor; y en caso necesario estaba dispuesto, ó parecía estarlo, á acompañar sus frases con el pie ó con el puño, para hacerlas penetrar en los recalcitrantes cerebros de algunas de sus ovejas.

Uno de aquellos á quienes había amonestado más rudamente le dijo una vez, después de apurar sus argumentos, con maliciosa sonrisa:

— Ya no le faltaría más que renegar como nosotros, señor rector.

Esto no le desconcertó en modo alguno; limitóse á sonreír y contestó al punto:

— Seguramente no me arredraría un terno si estuviera seguro de que puede hacerme volver al bien y al amor de Dios.

El sacerdote odiaba sobre todo á los perezosos y á los borrachos; pero sabía distinguir con mucha inteligencia, respecto á estos últimos, entre el que lo era inveterado, el bebedor habitual, y el infeliz pes-

cador que por casualidad, un día que saca llena sus redes ó que sufre un disgusto, bebe un trago más del que debiera. Era demasiado del país, demasiado de la raza armoricana, para no saber que en ese rudo y peligroso oficio, en esa continua vida de miseria, en esa lucha de día y de noche con las aguas terribles del Océano, el hombre necesita algunas veces ese auxilio, ó ese consuelo, esa quemazón fortificante, ese veneno de olvido que se llama alcohol. Entonces perdonaba, apiadándose de esa debilidad humana demasiado comprensible, ó bien fingía no ver ó ignorar.

Y de aquí ese entusiasta afecto que todo Camaret le manifestaba.

Fuera de sus feligreses, la persona más querida de él era su sobrino, hijo de una hermana que murió al cabo de algunos años de matrimonio, después de perder su esposo en un naufragio.

El rector hubiera deseado que aquel sobrino, Dionisio Le Marrec, llegara á ser un hombre de suficiente instrucción para dedicarse á una carrera tranquila; y él mismo había comenzado á educarle, procurando dirigirle é inclinarle hacia esa existencia placida que soñaba para él. Todo fué inútil, pues desde la primera edad del niño la sangre paterna pudo más en éste que los consejos del tío, anulando uno tras otro los escasos resultados de sus esfuerzos; y sin poder terminar aquella educación emprendida con tanta alegría, vióse obligado á ceder á la creciente vocación que hacía del hijo del marino un marino, un hombre de mar como su padre.

El cura había concluído por ceder, suspirando, sin tratar siquiera de resistir ante las primeras é imperiosas manifestaciones de aquella afición; y en calidad de grumete, el hijo de su hermana comenzó la carrera en el mar.

Ahora, después de frecuentes viajes y de mil aventuras, aunque solamente contaba veinticinco años, Dionisio Le Marrec mandaba un barco mercante de altura, y su tío le esperaba de un momento á otro después de una ausencia de dos años.

El joven había marchado hacia la América del Sud, al país del gran sol, y Pedro Kerbiriou no había recibido más que de tarde en tarde noticias suyas, alguna breve carta de marino mercante, siempre preocupado de los negocios en que su barco trataba; que no sabía expresar en sus frases bien cuánta era la bondad y ternura de su corazón, ni tampoco hablar de todo lo que veía y de los curiosos países que visitaba.

Las últimas noticias recibidas anunciaban su llegada á Francia; pero ningún semáforo había señalado aún el barco en que iba; y tan sólo aproximadamente podía el cura calcular el punto donde, en su concepto, debía hallarse en aquel momento.

Preocupado aquella mañana más que de costumbre bajo la doble influencia de sus presentimientos personales y de aquella densa bruma que invadió la costa en la noche anterior, había dicho su misa con más fervor aún que otras veces, pidiendo para el viajero las bendiciones y la protección del Altísimo.

Mientras tomaba de nuevo el camino de Camaret, hablando con los que acababan de oír su misa, no podía menos de pensar en su sobrino, y jamás había tenido tanto afán por volver á verle y saber que le tenía seguro á su lado. Sentía profundos remordimientos por no haber resistido más á su vocación, dejando expuesto á los incesantes peligros del mar aquel hijo adorado de su hermana, aquel hijo que le había confiado al morir y que llegó á ser como el suyo propio.

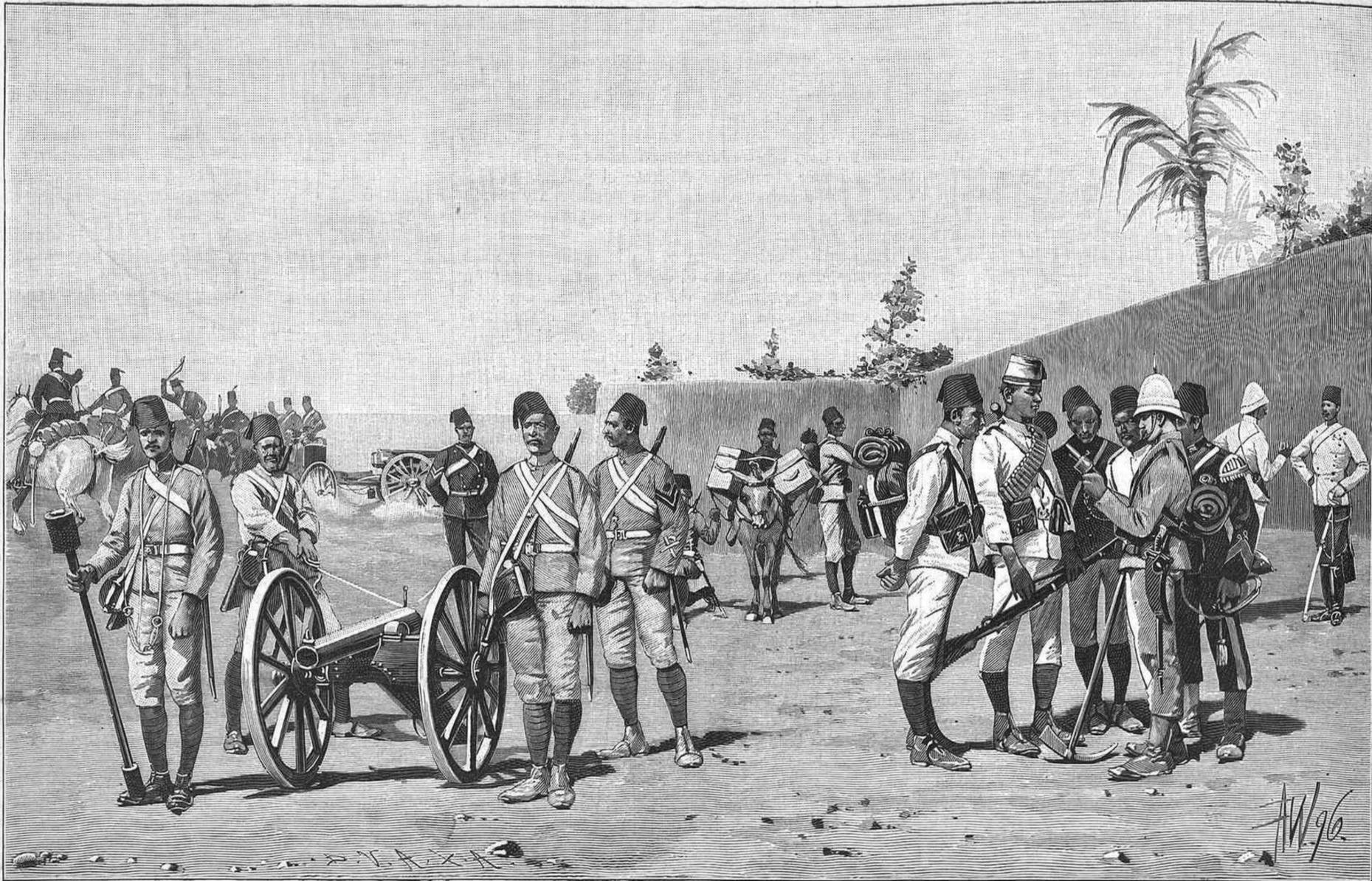
Hubiera querido imponer silencio á la lúgubre campana que seguía resonando detrás de él y cuyos tañidos le perseguían, produciendo en el fondo de su alma esa inquietud latente que le atormentaba hacía algún tiempo.

Por eso las conversaciones de los de Camaret y del pescadero, que giraban de preferencia sobre los peligros del mar en aquel tiempo brumoso, tan familiar en Bretaña, habían avivado y como reanimado sus temores; y necesitaba desechar aquellas ideas perturbadoras en desacuerdo con su acostumbrada serenidad, con su confianza de hombre robusto, de cerebro bien equilibrado, y con su fe tranquila.

De nuevo sus ojos buscaron entre los que le rodeaban el rostro encantador, de dulce expresión, de Reina Balanec, y en él reposó su mirada con una ternura paternal que le fortalecía contra las ideas sombrías y desagradables.

Hacía largo tiempo que la conocía; habíala visto muy pequeña, jugando en el muelle, y más tarde pudo reconocerla como una de las mejores alumnas de la escuela, que se distinguía por su asiduo estudio del catecismo, sirviendo de ejemplo á todas sus compañeras.

(Continuará)



Artillería de campaña.

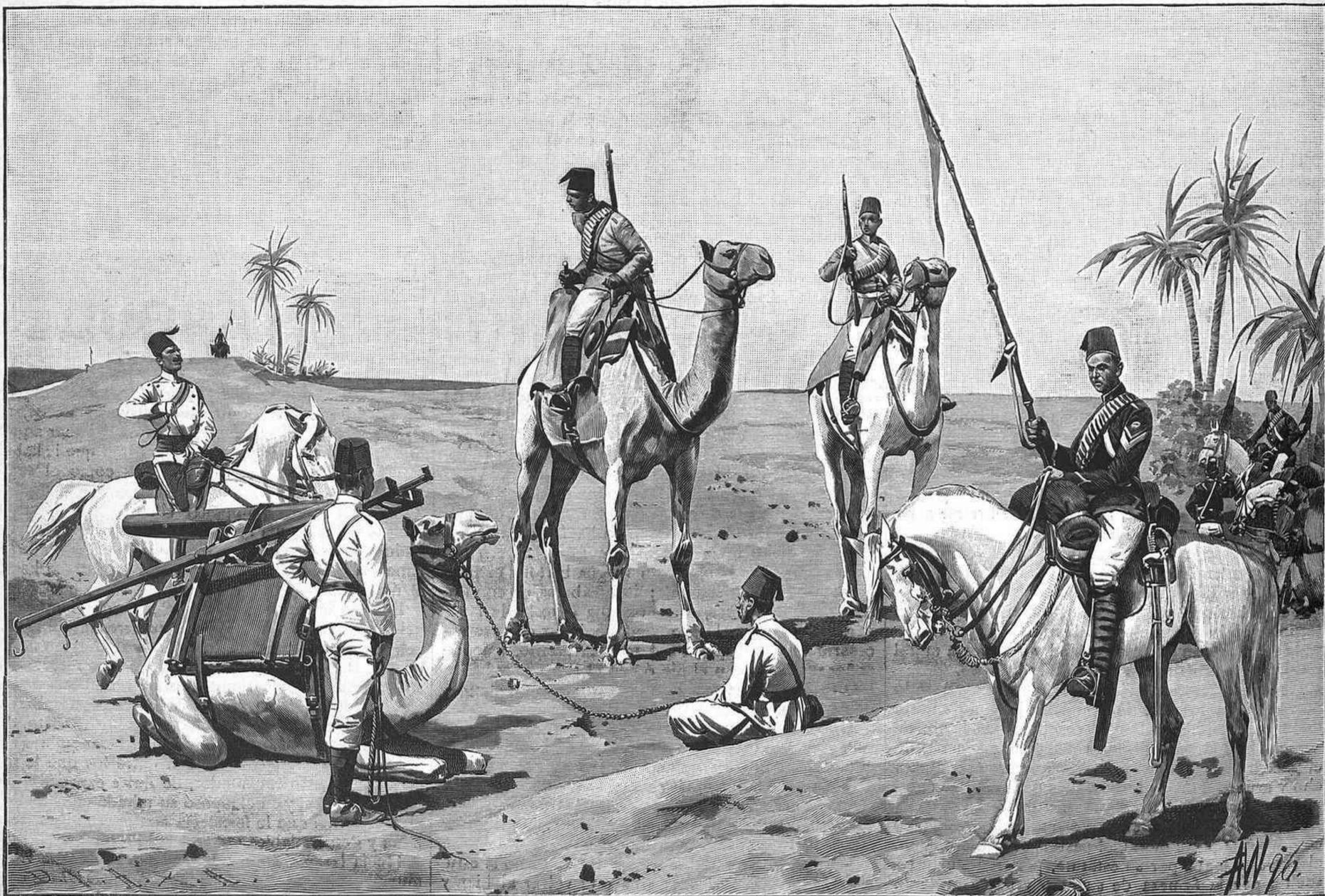
Cañón de montaña con su dotación.

Acémilas con municiones para la artillería de montaña.

Infantería en traje de campaña.

Zapador de infantería.

Oficial de artillería.



Oficial de caballería

Cañón de la batería de camellos

Soldados de infantería montados en camellos

Soldados de caballería

EXPEDICIÓN ANGLO-EGIPCIA SOBRE DONGOLA. - El ejército anglo-egipcio, dibujo de Adolfo Wald

EXPEDICIÓN ANGLO-EGIPCIA SOBRE DONGOLA
EL EJÉRCITO ANGLO-EGIPCIO

En el número 746 de la LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos extensamente de las causas de esta campaña y por esta razón no hemos de volver sobre lo mismo; tampoco es nuestro ánimo explicar el curso de las operaciones que en el Sudán se llevan á cabo, porque esta tarea es más propia que de nuestra publicación de la prensa diaria, que nos entera al minuto, por decirlo así, del curso de la lucha que ingleses y egipcios sostienen contra el mahdí. El objeto de estas líneas es única y exclusivamente dar algunos detalles acerca de la organización y del modo de ser del ejército anglo-egipcio que sirven de explicación á los grabados que en esta y en la página anterior publicamos.

Inglaterra tiene actualmente en Egipto un ejército de ocupación, compuesto de seis batallones de infantería con una compañía de infantería montada, dos compañías de artillería y una de ingenieros, formando un total de cinco mil hombres; pero además en todas las unidades del ejército egipcio hay un núcleo de oficiales ingleses.

En el ejército egipcio hay que distinguir entre las tropas egipcias propiamente dichas y las sudanesas: las primeras se componen de fellahs del bajo Egipto y prestan el servicio de guarnición en las grandes ciudades de aquella región; las segundas se reclutan entre las tribus sudanesas del alto Nilo y se emplean en guarnecer el territorio fronterizo de defensa de la provincia militar y las costas de Suakim. Consta el ejército egipcio normalmente de ocho batallones de infantería y uno de depósito de cuatro compañías, seis batallones sudaneses de ocho compañías, un regimiento de caballería de ocho escuadrones, siete baterías (una montada, dos de á pie y cuatro de plaza) y tres cuerpos de camellos. Ahora con motivo de la guerra se ha aumentado este contingente con tres batallones de infantería egipcia y uno de ferrocarriles, y se han aumentado asimismo los cuerpos de camellos. En conjunto, el ejército egipcio se compone de 16.663 hombres, de 3.117 caballos, acémilas y camellos y de 154 cañones de todas clases.

Los egipcios entran á servir en el ejército á los 23 años y su servicio en el ejército permanente es de seis años, transcurridos los cuales pasan durante otros cinco á formar parte de las tropas de policía, que vienen á ser como una primera reserva: como son inteligentes, los fellahs no tardan en convertirse en buenos soldados, mas á los pocos meses de licenciados vuelven á su estado primitivo y no queda en ellos la menor huella de sus aptitudes y buenos hábitos militares.

No sucede lo mismo con los sudaneses: éstos son esencialmente guerreros y su leva se hace sin consideración á la edad ni á su estado de familia porque en los bata-



EXPEDICIÓN ANGLO-EGIPCIA SOBRE DONGOLA.
Exploradores en los alrededores de Suarda

llones sudaneses las familias de los soldados forman parte del ejército.

Todas las tropas egipcias están á las órdenes del sirdar, un general inglés (actualmente lo es el general Kitchener) y cada batallón cuenta por término medio tres oficiales ingleses, entre ellos el comandante.

Los grabados de la página 574 dan perfecta idea de los uniformes y armamentos de los distintos cuerpos: la infantería usa el fusil Remington y de la caballería sólo llevan lanzas los soldados de las primeras filas; los demás están provistos de carabinas. La artillería se compone de cañones Krupp: la de montaña lleva para el transporte de piezas y municiones una batería de camellos; el resto emplea para este servicio las acémilas. En esta arma hay más oficiales ingleses que en la de infantería.

Los soldados montados en camellos son una especie de infantería montada destinada especialmente al servicio de exploración y vigilancia de los territorios que se extienden al Este y al Oeste del Nilo: los hombres que prestan este servicio son especialmente escogidos y llevan el mismo armamento que los de infantería. Además, como el camello es muy superior al caballo, para las excursiones de varios días en que hay que llevar forrajes, víveres y municiones, hase adiestrado para ellas á una clase especial de estos animales.

Para los ataques á cortas distancias no puede utilizarse el camello por su testarudez y por la poca velocidad de su carrera; por esto los que van montados en ellos al iniciarse el combate desmontan y de cada grupo de cuatro hombres tres entran en acción, mientras el cuarto se queda al cuidado de las cabalgaduras. La principal dificultad del adiestramiento de los camellos consiste precisamente en enseñarles á que se bajen rápidamente cuando el jinete ha de apearse y á que se levanten sin sacudida cuando aquél ha de montar.

La instrucción de las tropas egipcias se ajusta á los reglamentos ingleses. En los combates que han de sostener contra los soldados del mahdí, en su mayoría montados y que generalmente, muy superiores en número, procuran envolverlos, las fuerzas egipcias forman, si el terreno se presta á ello, un gran cuadro en cuyo centro colocan la impedimenta.

Gracias á la influencia inglesa, es indudable que el ejército egipcio ha mejorado mucho, pudiendo afirmarse que hoy está á la altura de la misión que ha de cumplir. Tiene además ahora la ventaja de que así como en la guerra de 1880 la mayor parte de los soldados mahdistas eran desertores de las filas egipcias, en la actual los egipcios nutren sus contingentes con no pocos hombres que abandonan el ejército de los derviches. Por otra parte son circunstancias favorables á los egipcios el debilitamiento del fanatismo de los derviches, el deseo de las oprimidas poblaciones de que se restablezca el dominio del virrey de Egipto y el desprestigio que algunos recientes fracasos han hecho caer sobre el mahdí. — X.

SOR CLEMENCIA

novela de costumbres por ENRIQUE PEREZ ESCRICH

AUTOR DEL MANUSCRITO DE UNA MADRE Y DEL MÁRTIR DEL GÓLGOTA

El argumento de esta preciosa novela no está basado en una pura ficción; es una verídica historia que excita cada vez más el interés, según se van recorriendo sus páginas; es una de aquellas narraciones que conmueven y consuelan el alma al mismo tiempo; es un drama de la vida, de esos que encierran un gran pensamiento filosófico y moral, á la par que una provechosa enseñanza.

Se vende en todas las librerías y centros de suscripción de España, en un tomo bonitamente encuadernado en tela, á 5 pesetas, y encuadernado á la rústica 4 pesetas.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO

HISPANO-AMERICANO

Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.

MONTANER Y SIMON, EDITORES

EL APIOL de los Dres JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc. Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodérmica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas. Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de París LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociacion de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El Vino Ferruginoso de Aroud es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorada: el Vigor, la Coloracion y la Energía vital.
Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farm^e, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

CEREBRINA
REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS, NEURALGIAS
Suprime los Cólicos periódicos
E. FOURNIER Farm^e, 114, Rue de Provençe, en PARIS
La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
Desconfiar de las Imitaciones.

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

Las Personas que conocen las PILDORAS del Dr. DEHAUT DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero) Para los brazos, empléese el PILIVORE DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES Ó EDITORES

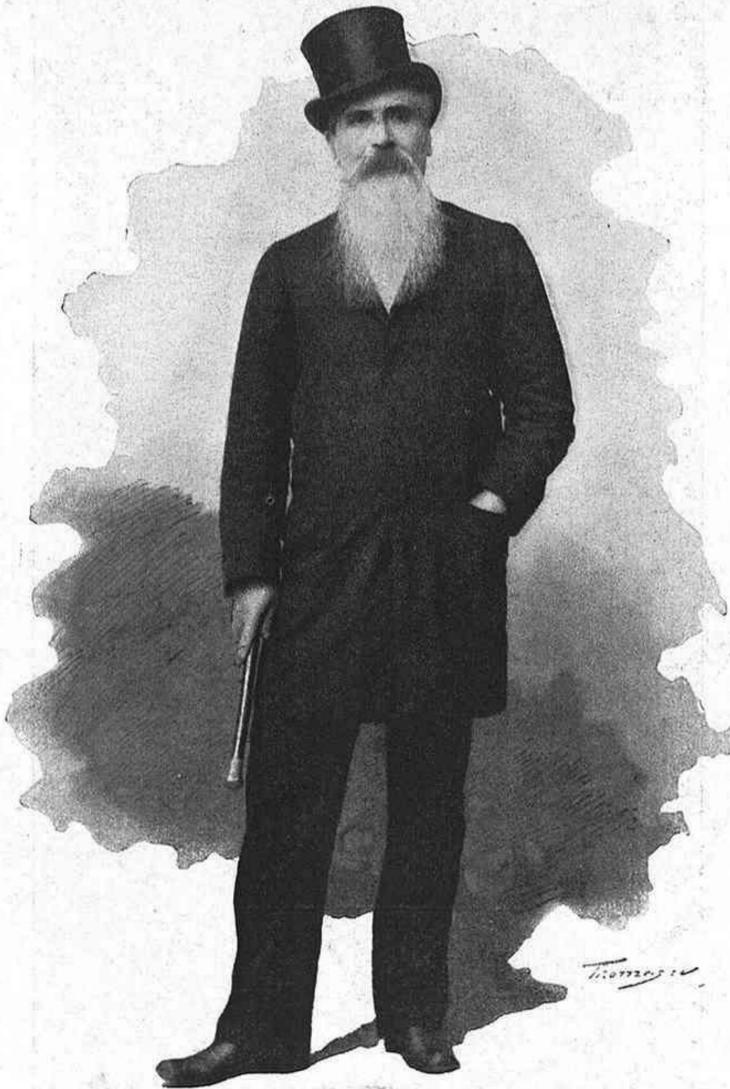
PASCUAL, novela por *Ismael Rizo y Peñalva*. — El conocido escritor valenciano Sr. Rizo y Peñalva ha tratado en esta novela la cuestión social, no con ánimo de indicar una solución para este problema, que difícilmente ha de resolver la literatura novelesca, sino con el propósito de señalar el abismo adonde conducen esas teorías radicales que sólo en la destrucción violenta de lo existente ven la salvación del obrero. Un argumento por todo extremo interesante sirve al autor para conseguir el fin nobilísimo que con su libro persigue, argumento cuya acción se desarrolla natural y lógicamente hasta llegar á la catástrofe final: los tipos están bien estudiados y perfectamente sostenidos, y en todos los capítulos se nota un gran espíritu de observación que ha permitido al Sr. Rizo trasladar al papel escenas y diálogos que tienen todo el vigor de la realidad. *Pascual*, que además de las cualidades señaladas tiene la de estar muy bien escrita, ha sido editada en Valencia por F. Doménech, y se vende al precio de tres pesetas.

**

REVISTA POLÍTICA IBERO-AMERICANA. — El último número de esta importante revista contiene los siguientes trabajos: *Deportismo en política*, por Miguel Unamuno; *Los grandes balnearios de antaño*, por Rafael Altamira; *La psicología de los artistas y de los hombres de ciencia*, E. Zola cronista parlamentario, *Transformación de un árbol en periódico*, *Schopenhauer y el duelo*, *El espiritismo de Colón*, *Las aventuras extraordinarias de un mago*, *Análisis de revistas españolas y extranjeras*, *Crónica científica*, *Bibliografía* y siete *Caricaturas políticas*. Suscríbese á esta revista en Madrid, calle de la Bola, 8, principal.

**

IDEALISMO, poema por *Vicente Greus*. — Basta leer el prólogo que D. Teodoro Llorente ha puesto á este poema para convencerse de dos cosas: primera, de que si el Sr. Greus es poco conocido, fuera de un reducido círculo de sus íntimos, en el mundo literario, débese esto á su modestia, á su horror por todo lo que sean exhibiciones incompatibles con su carácter; y segunda, de que reúne méritos suficientes para figurar dignamente entre nuestros buenos poetas. La lectura de *Idealismo* es la mejor prueba que puede aducirse en confirmación y justificación de los elogios que al autor prodiga su ilustre prologuista: sirve de argumento al poema una interesante leyenda romántica del siglo XIII y en todos sus cantos, escritos en diversidad de metros, el Sr. Greus se nos presenta como poeta que siente hondo, que se eleva hacia los grandes ideales, y que encuentra para sus bellísimos conceptos una forma armoniosa. *Idealismo* forma parte de la *Biblioteca Selecta* que publica en Valencia D. Pascual Aguilar y se vende á dos reales.



El Dr. LEANDRO N. ALEM,
jefe del partido radical de la República Argentina,
que se suicidó en 1.º de julio último

... * * *

PANORAMA NACIONAL. BELLEZAS DE ESPAÑA Y SUS COLONIAS. — El conocido litógrafo y encuadernador de esta ciudad D. Hermenegildo Miralles, que con su *Album de Montserrat* inició en España el género de publicaciones que tanta boga ha adquirido después, ha comenzado á editar con el título de *Panorama Nacional. Bellezas de España y sus colonias*, una serie de álbumes que contendrán reproducciones de los monumentos más notables, de las riquezas artísticas y de las bellezas naturales que tanto abundan en nuestro país. El Sr. Miralles se propone popularizar el conocimiento de las infinitas maravillas que en nuestra patria existen, para que no se dé el caso, hoy tan frecuente por desgracia, de que los españoles conozcan más lo que hay en el extranjero que lo que tienen en su propia tierra. Como su título indica, la publicación se ocupará también de las bellezas que atesoran nuestras colonias: además intercalará con las vistas de monumentos y paisajes, retratos de los españoles contemporáneos que de mayor renombre gozan en las distintas esferas del saber humano. El propósito del Sr. Miralles no puede ser más laudable, ni más notables los recursos que ha empleado para su realización. El *Panorama Nacional* constará de 20 cuadernos y cada uno de éstos se compone de catorce láminas de página y de una vista panorámica de doble página, ó bien de diez y seis de las primeras: el precio de cada cuaderno es de 70 céntimos de peseta. Los dos primeros cuadernos que hasta ahora se han publicado merecen toda suerte de elogios, pudiendo afirmarse que en nada ceden á los mejores álbumes que de esta clase se han publicado en España y en el extranjero: las fotografías han sido escogidas con gran acierto, combinadas con mucha habilidad para que en cada cuaderno haya variedad en los asuntos, reproducidas admirablemente por los procedimientos más perfeccionados y tiradas en papel superior satinado; cada una de ellas lleva al pie la correspondiente descripción, en la que están condensadas de un modo que revela la mano de escritor muy experto, cuantos datos y noticias pueden servir de referencia á cada lámina. Felicitamos al Sr. Miralles y recomendamos al público la adquisición de los cuadernos del *Panorama Nacional*, en la seguridad de que una vez adquirido un cuaderno se ha de apresurar á proporcionarse todos los que compondrán tan interesante publicación.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. — Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, 21, Barcelona (Gracia).

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTACION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTACION.
EXIASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura CATARRO,
BRONQUITIS,
OPRESION
ASMA
y toda afección
Espasmódica
de las vías respiratorias.
25 años de éxito. Med. Oro y Plata
J. FERRÉ y C^{ia}, P^{os}, 103, R. Richelieu, París.

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas* y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones del Estomago* y los *Intestinos*.
Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al *Vino de Quina de Aroud*.
Por mayor, en casa de J. FERRÉ, Farm^o, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIASE el nombre y la firma AROUD

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

CARRERAS-CAZA
EMBROCACION MÉRÉ de Chantilly
INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR
LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLEANS

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^o Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fábrica, Especieiones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOILI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laennec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Srs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN